

BIBLIOTECA

439

DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID.

Hartzenbusch.
Rubi.
Gil (D. Isidoro).
Navarrete.
Olona (D. Luis).
Doncel (D. Carlos).
Valladares y Garriga.
Bravo (D. Celer).
García Gutiérrez.
Coll (D. Gaspar).
Tirado.
Florentino Sanz.
Peral.
Asquerino (D. Eduardo).
Roca Togores.
Asquerino (D. Eusebio).
Segovia.
Lasheras.
Retes.
Cea.
Escosura (D. Gerónimo).
Peñalver.
Campamór.
Iznardi.
Salas y Quiroga.
Lombia.
Hurtado (D. Ant.).
Cañete.

Pa. ac os y Toro.
Pina.
Salgado.
Tejado.
Larrañaga.
Pezuela.
Alfaro.
Elipe.
Godoy.
Escosura (D. Narciso).
Valladares y Saavedra.
Lumbreras.
Mayoli.
Montemar.
Díaz (D. José).
Canseco.
Díaz (D. Juan).
Azcutia.
Diana.
Alba.
Barroso.
Cerro.
Rosa.
Calvo.
Franquelo.
Gutiérrez de Alba.
Vera (Doña Joaquina).
Doncel (D. Juan).
Aguilera.



A un tiempo hermana y amante, t. 1.	2	2	Donde las dan las toman, t. 1.	3	3	El Ciego, t. en 1.	2	3
Ansias matrimoniales, o. 1.	2		De dos á cuatro, t. 1.	1	1	El cardenal Richelieu, o. 4.	2	9
A las máscaras en coche, o. 3.	4	4	Dos noches, t. 2.	3	2	El Duque de Altamura, t. en 3.	3	10
A tal accion tal castigo, o. 3.	1	5	Dieguiyo pata de anafre, o. 1.	2	4	El Dineroll t. 4.	3	14
Azares de la privanza, o. 4.	3	4	Dos muertos y ninguno difunto, t. 2.	2	5	El Doctorcito, t. 1.	6	2
Amante y caballero, o. 4.	2	11	De una afrenta dos venganzas, t. 5.	4	16	El Demonio familiar, t. 3.	3	4
A cada paso un acaso, el caballero,	5	4	D. Beltran de la Cueva, o. 3.	2	7	El Diablo en Madrid, t. 5.	2	7
Amor y Patria, o. 3.	2	10	Don Fadrique de Guzman, o. 4.	3	5	El Desprecio agradecido, o. 3.	4	5
A la misa del gallo, o. 2.	3	5	Dina la gitana, t. 3.	4	8	El Diablo enamorado, o. 3.	3	21
Amor imposibles vence, ó la rosa encantada, o. 3. Magia.	5	19	Demonio en casa y ángel en sociedad, t. 3.	4	3	El Diablo son los nietos, t. 1.	2	3
Asi es la mia, ó en las máscaras un mártir, o. 2.	3	2	Dicha y desdicha, t. 1.	2	5	El Derecho de primogenitura, t. 1.	3	3
Actriz, militar y beata, t. en 3.	3	9	Dos familias rivales, t. 1.	3	8	El Doctor Capirote, ó los curanderos de antaño, t. 1.	1	6
Al pié de la escalera, t. en 1.	3	5	D. Fernando de Sandoval, o. 3.	2	8	El Diablo nocturno, t. 2.	5	3
Arturo, ó los remordimientos, t. 1.	2	4	D. Carlos de Austria, o. 3.	2	10	El Diablo y la bruja, t. 3.	2	9
Al asalto! t. 2.	6	9	Dos lecciones, t. 2.	3	2	El Doctor negro, t. 4.	4	4
Angel y demonio ó el Perdon de Bretaña, t. 7 cuadros.	5	12	Dividir para reinar, t. 1.	1	3	El delator ó la Berlina del Emigrado, t. 5.	3	16
A mentir, y medraremos, o. 3.	4	7	Esmeralda ó Ntra. Sra. de Paris, t. 5.	5	11	El Espósito de Ntra. Sra. t. 1.	1	6
A perro viejo no hay tus tus, t. 3.	5	11	Enriqueta ó el secreto, t. 3.	2	6	El Españolito, o. 3.	3	3
Abogar contra si mismo, t. 2.	2	5	Elisa, o. 3.	2	4	El enamorado de la Reina, t. 2.	3	5
A mal tiempo buena cara, t. 1.	4	6	Enrique de Valois, t. 2.	2	10	El eclipse, o. 3.	2	7
Amor y farmacia, o. 3.	2	4	Efectos de una venganza, o. 3.	2	8	El Espectro de Herbesheim, t. en 1.	3	6
Alberto y German, t. 1.	1	2	Entre dos luces, zarz. o. 1.	2	4	El Favorito y el rey, o. 3.	1	6
Andrés el Gambusino ó los buscadores de oro, t. 3.	3	9	Estela ó el padre y la hija, t. 2.	1	4	El fastidio ó el conde Berford, t. 2.	1	5
Amor y ambicion, ó el Conde Herman, t. 3.	2	14	En poder de criados, t. 1.	3	2	El guarda-bosque, t. 2.	3	4
Amor de padre, o. 2.	2	3	Españoles sobre todo (2.ª pte.) o. 3.	2	12	El Guante y el abanico, t. 3.	3	3
Alfonso el Magno, ó el castillo de Gauzon, o. 3.	2	10	En la falta vá el castigo, t. 5.	3	8	El galan invisible, t. en 2.	3	5
			Engaños por desengaños, o. 1.	2	4	El Hijo de mi muger, t. 1.	2	3
			Estudios históricos, o. 1.	2	5	El Hermano del artista, o. 2.	3	11
			Es el demonio!! o. 1.	2	3	El Hombre azul, o. 3 cuadros.	3	10
			En la confianza está el peligro, o. 2.	3	4	El Honor de un castellano y deber de una muger, o. 4.	2	10
			Entre cielo y tierra, o. 1.	2	3	El Hijo de su padre, t. 1.	3	6
			En paz y jugando, t. en 1.	2	3	El Himeneo en la tumba, ó la hechicera, o. 4. Magia.	4	7
			Enrique de Trastamara, ó los mineros, t. en 3.	3	9	El Hechicero ó el novio y el mono t. 2	2	9
			Es un niño! t. en 2.	4	7	El Hijo de Cromwell, ó una restauracion, t. en 5.	2	10
			El Andaluz en el baile, o. 1.	2	3	El Hijo del emigrado, t. en 4.	2	10
			El Aventurero español, o. 3.	2	8	El hombre complaciente, t. 1.	3	5
			El Arquero y el Rey, o. 3.	3	12	El hijo de todos, o. 2.	2	3
			El Agiotage ó el oficio de moda, t. 5.	2	10	El hombre cachaza, o. 3.	3	4
			El Amante misterioso, t. en 2.	3	6	El heredero del Czar, t. 4.	2	10
			El alguacil mayor, t. 2.	2	5	El Idiota ó el subterráneo, t. 5.	4	11
			El amor y la música, t. 3.	2	4	El Ingeniero ó la deuda de honor, t. 3	2	5
			El anillo misterioso, t. 2.	4	5	El Lazo de Margarita, t. 2.	4	4
			El amigo intimo, t. 1.	2	3	El Leñador y el ministro, ó el testamento y el tesoro, 6 cuadros.	7	12
			El artículo 960, t. 1.	2	3	El licenciado Vidriera, o. 4.	2	7
			El Angel de la guarda, t. 3.	3	8	El Maestro de escuela, t. 1.	3	4
			El artesano, t. 5.	3	8	El Marido de la Reina, t. 1.	2	5
			El Anillo del cardenal Richelieu, ó los tres mosqueteros, t. 5.	8	7	El Mudo por compromiso ó las emociones, t. 1.	3	3
			El baile y el entierro, t. 3.	2	8	El Médico negro, t. 7 cuadros.	4	12
			El campanero de San Pablo, t. 4.	2	4	El Mercado de Londres, t. id.	4	12
			El contrabandista sevillano, o. 2.	3	10	El Marinero, ó un matrimonio repentino, o. 1.	3	5
			El Conde de Bellaslor, o. 4.	4	8	El Memorialista, t. 2.	4	4
			El cómico de la legua, t. 5.	3	10	El marido de dos mugeres, t. 2.	2	3
			El Cepillo de las ánimas, o. 1.	2	6	El marqués de Fortville, o. 3.	2	7
			El cartero, t. 5.	3	10	El mulato, ó el caballero de S. Jorge, t. 3.	4	11
			El cardenal y el judío, t. 5.	3	12	El marino, t. 5.	2	8
			El clásico y el romántico, o. 1.	2	3	El marido de la favorita, t. 3.	2	11
			El caballero de industria, o. 3.	3	4	El Médico de su honra, o. 4.	4	6
			El capitán azul, t. 3.	3	4	El Médico de un monarca, o. 4.	1	9
			El ciudadano Marat, t. 4.	3	18	El Marido desleal, ó quien engaña á quien, t. en 3.	2	3
			El confidente de su muger, t. 1.	2	4	El mercado de San Pedro, t. 3.	4	9
			El Caballero de Grignon, t. 2.	2	4	El naufragio de la fragata Medusa, t. 5.	3	11
			El Corregidor de Madrid, t. 2.	2	4	El Nudo Gordiano, t. 3.	3	6
			El Castillo de S. Mauro, t. 5.	3	10	El Novio de Buitrago, t. 3.	4	6
			El Cautivo de Lepanto, o. 1.	1	4	El Novicio, ó al mas diestro se la pegan, t. en 1.	2	5
			El Coronel y el tambor, o. 3.	3	4	El noble y el soberano, o. 4.	2	8
			El Caudillo de Zamora, o. 3.	3	7	El oso blanco y el oso negro, t. 1.	1	6
			El Conde de MonteCristo, 1.ª pte. 10 c	4	16	El Pacto con Satanás, o. 4.	2	10
			Idem segunda parte, t. 5.	3	17			
			El conde de Morces, tercera parte del Monte-Cristo, t. 7 cuadros.	2	12			
			El Castillo de S. German, ó delito y espacion, t. 3.	7	9			
			El Ciego de Orleans, t. 4.	2	9			
			El Criminal por honor, t. 1.	2	6			
			El Cardenal Cisneros, o. 5.	1	11			



AB-DEL-MOTRI,

ó

GUERRAS FRATRICIDAS.

Drama en cinco actos y en verso, por D. Romualdo de Lafuente, para representarse en Madrid el año de 1861.

PERSONAJES.

EL REY D. PEDRO.
 AB-DEL-MOTRI, *moro, valido del Rey.*
 AGENOR DE MAULEON, *caballero francés.*
 MUZARON, *su escudero.*
 HAFIZ, *moro, confidente de Ab-del.*
 UN OFICIAL CASTELLANO.
 D. TELLO, *mayordomo del Rey.*
 HISEM.
 FARFAN, *conserje del castillo.*
 OLIVERIO, *oficial inglés.*
 DOÑA MARÍA DE PADILLA.
 ZORAIDA, *hija de Ab del.*
 JUANA, *nodriza de doña María.*
Pajes, escuderos, soldados castellanos y árabes.

Primer acto, en el Alcázar de Sevilla. Segundo y tercero, en Soria. El cuarto y quinto, en un castillo del Rey, á siete leguas de Búrgos. Año de 1368.

ACTO PRIMERO.

Salon árabe del Alcázar de Sevilla. Tres puertas practicables al foro. Dos laterales en segundos términos. Ventana practicable, que dá al jardin, en último término, á la izquierda del actor.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MARÍA, *sentada en un diván; y JUANA, entrando por el foro.*

MARÍA. Qué hay, Juana?
 JUANA. Señora, váleme Dios!...
 A tan horroroso día,
 la noche aumenta el horror.
 Está el Alcázar sombrío,
 y si se escucha una voz,
 pareceme que es el grito
 que D. Fadrique exhaló.
 El perro fiel, que ha seguido
 al infante al panteon,
 vá la saugre de su dueño

MARÍA.

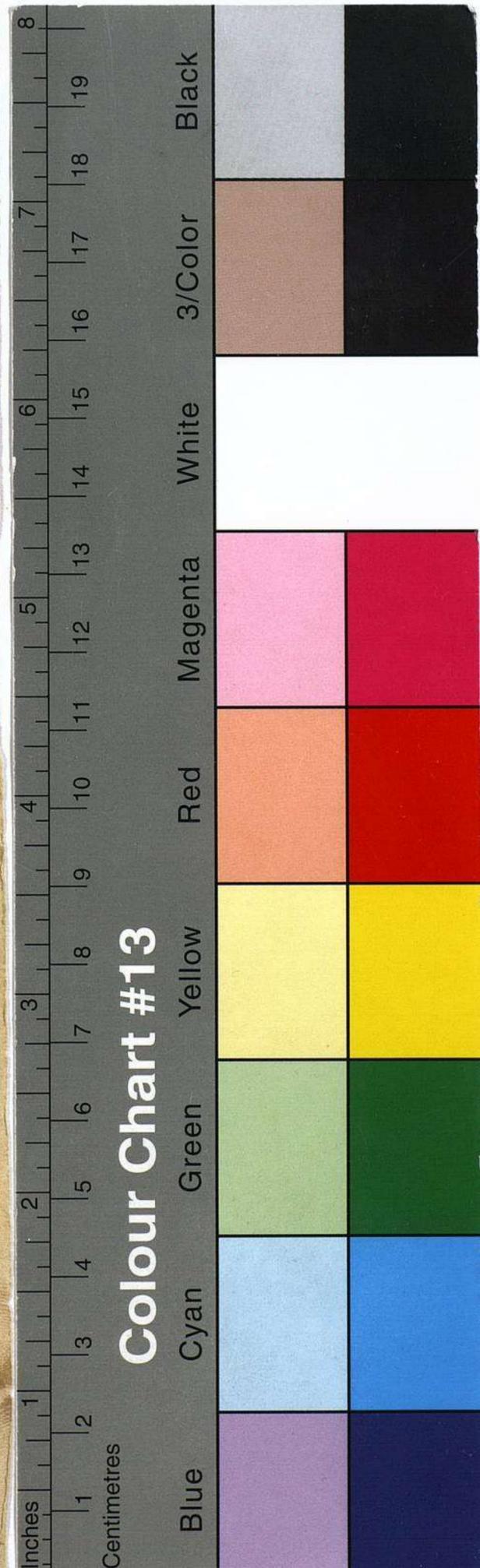
esparciendo en derredor.
 Con su ahullido lastimero
 estremece el corazon,
 y parece que venganza
 pide al cielo en su dolor.
 Calla, Juana; no prosigas
 con tan triste relacion,
 que el grito de D. Fadrique
 tambien le escucho aquí yo;
 y su sangre derramada
 veo en la imaginacion,
 al través de horrible prisma,
 que me llena de terror.
 Paréceme que su espectro
 se escapa del panteon,
 á que en tono amenazante
 pide venganza su voz.
 Ay! Juana, el remordimiento
 nace ya en mi corazon!...
 Oh! Quién pudiera al infante
 dar la vida que perdió!
 De los actos de D. Pedro,
 de hacienda y vida señor,
 ni ser fiscal os incumbe,
 ni sois responsable vos.
 Su Rey y su hermano era;
 ofensas propias vengó;
 del poder que Dios le ha dado,
 él dará cuentas á Dios.
 Quién puede del Rey D. Pedro
 poner diques al furor?...
 Pero él llega... (*mirando á la pta. derecha.*)
 Vete, Juana.
 (*Rugiendo viene el leon.*)
 (*Se va por el foro.*)

MARÍA.

JUANA.

ESCENA II.

DOÑA MARÍA y D. PEDRO.
 (*despues de sentarse y observar algunos momentos á doña María.*)
 Lágrimas en vuestros ojos,



Colour Chart #13

señora, en este momento,
cuando esperé que el contento
templase vuestros enojos?...

Demandásteis, resentida,
á vuestro mejor amigo
la vida de un enemigo,
y os dió en ofrenda esa vida.

No sufráis, por Dios, quebranto;
si aun otro antojo teneis,
si nueva sangre quereis,
corra, y cese vuestro llanto.

MARÍA.

Sois, señor, harto cruel,
pues con sarcasmo terrible
me dais con mano insensible
la copa de amarga hiel.

Si pude, insensata y loca,
tener celos ó ambicion,
nunca sangre el corazon
os demandó, ni mi boca.

PEDRO.

Así el débil sexo es:
muy ardiente en desear,
tímido al ejecutar,
y arrepentido despues.

Si sus deseos vehementes
ven por el hombre cumplidos,
con escrúpulos fingidos
quieren mostrarse inocentes...

MARÍA.

Por qué, señor, me culpais,
si son testigos los cielos
que, porque os matan los celos,
á vuestro hermano matais?...

Pretestad con altiveza,
que no sufrísteis baldon
en el preclaro blason
de vuestra augusta nobleza.
De amargos resentimientos
sacad á plaza la historia,
y quizás esa memoria
ahoguen los remordimientos;
y no me culpeis á mí,
que encontrareis mi inocencia
en vuestra propia conciencia:
yo nunca sangre os pedí.

PEDRO.

Será cual decís, señora,
estuve con vos cruel...

*(Ab-del-Motri sale por la puerta del foro y se detiene
viendo á doña Maria.)*

Pero aquí se acerca Ab-del;
dejadnos solos ahora.

AB-DEL.

(desde el foro.) Si importuna mi presencia...

MARÍA.

(con sarcasmo.) Señor, os cedo el lugar.

AB-DEL.

Solo le podré ocupar,
señora, por obediencia.

(Adelantándose y saludando con respeto.)

PEDRO.

Hemos de tratar, Ab-del,
un asunto de importancia.

MARÍA.

*(Oír á corta distancia
los consejos del infiel.)*

(Se va por la puerta izquierda.)

ESCENA III.

D. PEDRO, AB-DEL-MOTRI.

PEDRO.

Hoy, con justicia notoria,
sabes, moro, que he obrado;
pero con sangre he manchado
las páginas de mi historia,
y que, con relato infiel,
allá en el tiempo lejano,
dirán que á inocente hermano

mató D. Pedro el Cruel;
sin que nadie ponga dique
á tan injusto criterio,
ni revele el adulterio
que condenó á D. Fadrique.

Me veda el honor dejar
las pruebas de su malicia,
que si abonan mi justicia,
no las puedo declarar.

AB-DEL.

Quién podrá al Rey de Castilla,
señor, culpar de tirano,
porque el trono soberano
lavó de torpe mancilla?...

Mas bien los maledicientes
dirán que fué blando el Rey;
que uno solo dió á la ley,
siendo dos los delincuentes;

que ambos á la régia fama
atentaron, y á su nombre,
pero que fué al Rey el hombre
mas temible que la dama.

PEDRO.

Moro, quién, al Rey D. Pedro,
temible ha de parecer?...

Ya debe el mundo saber
que yo por nada me arredro.

De una mujer indefensa,
quién osa á la débil vida?

Allá en Medina escondida
llore por siempre mi ofensa.

AB-DEL.

A pesar de la arrogancia
con que dictais la sentencia,
de su austera penitencia
la libraré el rey de Francia.

Ya sabeis que es su intencion
dar á D. Enrique ayuda,

y en ese apoyo se escuda
doña Blanca de Borbon;
que en el plan que se combina
de hacer guerra á vuestro Estado,

no ha de quedar olvidado
el castillo de Medina;

y en pasando la frontera
el ejército francés,
difícil será despues
guardar vuestra prisionera.

PEDRO.

Y cómo justificar
podría luego su muerte?

AB DEL.

Señor, una prueba fuerte
puede vuestra alteza dar.

Fió D. Fadrique á un paje
la declaracion patente,

que entre el Cézaro corriente
le quitó un moro salvaje.

Bien justifica, señor,
este escrito la venganza:

(Saca un pergamino.)

debeis obrar con templanza
con quien hiere vuestro honor?...

No sé cómo vengarán
sus ofensas los cristianos...

O quizá los mahometanos
mas delicados serán;

pero si algun enemigo
así hablára á una sultana,

fuera venganza liviana
su muerte para castigo.

(Lee el pergamino.)

«Yo no sé lo que me espera,
»si es la prision ó la muerte;

»si no puedo defenderte,
»te adoraré hasta que muera.»

»Porque libre ó en prision,
»señora y amiga mia,
»hasta la última agonía
»es tuyo mi corazón.»
(*Le muestra al Rey el escrito*)

Firmado, mirad, «Fadrique.»
De amor ardiente una ofrenda,
no sé yo quién á su prenda
con mas claridad explique.
PEDRO. Calla, moro, que tu lábio
de furor me vuelve loco;
ya sé que es la muerte poco
castigo para mi agravio.
Pero hago declaracion

con su muerte de mi ofensa,
y quiero que en nube densa
quede envuelto mi baldon.

AB-DEL. Inútil deseo es,
que D. Fadrique dió cuenta
de su amor y vuestra afrenta
á un caballero francés.

PEDRO. Quién ese arcano profundo
encierra en su corazón?

AB-DEL. El conde de Mauleon
le propagará en el mundo.

PEDRO. Y quién es ese hombre, Ab-del?
Dime en qué punto se esconde;
quiero que, matando al conde,
muera el secreto con él.

AB-DEL. Con amistad franca y fina,
aquí acompañó al infante;
mas le creo en este instante
caminando hácia Medina.

PEDRO. Pronto, Ab-del-Motri, á caballo!...
Llevas mi poder contigo;
parte, y cumple como amigo.

AB-DEL. Cumpliré como vasallo.
(*Ab-del va á retirarse por el foro, y se detiene cuando
oye á doña Maria, que sale por la puerta izquierda.*)

ESCENA IV.

D. PEDRO, DOÑA MARÍA y AB-DEL-MOTRI.

MARÍA. Detente, moro... Señor,
(*Se arrodilla ante el Rey.*)
revocad vuestra sentencia,
y libertad mi conciencia
de un horrible torcedor.
Mujer amante y celosa,
á la Reina aborrecí;
y se dirá que por mí
matásteis á vuestra esposa.
Temiendo rival tan fuerte,
de Blanca me habré quejado;
y en esta queja fundado,
me culpáreis de su muerte.

PEDRO. Alza, María, del suelo;
conozco tu corazón...
buena ó mala, de esta accion
yo soy responsable al cielo.
Si ambos saltaron al Rey,
justo es que mueran los dos;
que debo dar cuenta á Dios
de la igualdad de mi ley.
Y así no dirá la fama
que, al manchar ambos mi nombre,
(*Mirando con marcada intencion á Ab-del.*)
maté por temible al hombre
dejando impune á la dama...

Es verdad, Ab-del-Motri,
que esto es obrar en conciencia?

AB-DEL. La justicia y la prudencia
os lo aconsejan así.

MARÍA. Oh! Señor, males prolijos
esa muerte causará...
toda su sangre caerá
sobre mí, sobre mis hijos.
Dirán que empujó mi mano
á la vuestra fraticida,
y que yo fui la homicida
de una esposa y de un hermano.
Evitad remordimientos
que atormentan la conciencia:
apartad de mi presencia
esos espectros sangrientos.

PEDRO. Depon el temor y el ruego:
tú de culpa estás exenta;
que su crimen y mi afrenta
verá el mundo en este pliego.

MARÍA. A muerte, D. Pedro, os plugo
á la Reina sentenciar;
pero no podreis hallar
en Castilla su verdugo.

PEDRO. Ya lo he previsto, señora;
por eso busqué un infiel...
Hará el sacrificio Ab-del.

MARÍA. Maldita la raza moral...
Adios, señor; que me humilla
la vista del mahometano
que debe teñir su mano
en sangre real de Castilla.
(*Se va por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA V.

D. PEDRO, AB-DEL-MOTRI.

AB-DEL. Siento ver tan rencorosa
conmigo á doña María;
yo, señor, no la creía
tan adicta á vuestra esposa.

PEDRO. Hoy habla la compasion
en su pecho arrepentido;
siempre María ha tenido
generoso corazón.

AB-DEL. Y vos, sumiso á la ley
de caballero galante,
para cumplir como amante
no cumplireis como Rey.

PEDRO. Inútil la resistencia
es á mi resolucion.
Parte al momento á Sidon,
y cúmplase la sentencia.
(*El Rey se va por la derecha del foro.*)

ESCENA VI.

AB-DEL-MOTRI.

Sangre me mandas derramar, D. Pedro:
sangre derramaré, yo te lo fio;
que si esclavo obediente me he mostrado
y obedezco tus órdenes sumiso,
es, soberbio leon, porque siguiendo
paso á paso tu huella, he concebido
que en el lazo sutil que te preparo
has de quedar á mi poder cautivo.
De tu sultana sufro los desprecios,
y mi cabeza en tu presencia humillo,
leyendo astuto en la soberbia loca
cuanto habeis en el alma retraido.

La esposa muera hoy... luego la dama...
Traiga Enrique la guerra á tus dominios;
de Zoraida el amor arda en tu pecho,
y entonces, Rey, doblegaré tu brío.

(Se acerca á la ventana.)

Qué veo!... Es el Rey!... Si; de mi Zoraida
pretende acaso entrar en el recinto!...
Parado está al dintel, y hácia sus rejas
fulmina en su mirar rayos lascivos.
Arda en tu corazon el fuego intenso
de amorosa pasion, que yo te fio
que si dueño has de ser de mi Zoraida
te ha de costar un trono el conseguirlo.
Oh! grande Alá!... Tú ayudas mis deseos:
á la Padilla en su ventana miro,
que cual celoso tigre está velando
del veleidoso amante los designios!...
Guerra en tu Alcázar, y en tus pueblos guerra...
Mi consejo y mi esfuerzo irá contigo:
á tu amor otro amor pongo en campaña,
y al pueblo nazareno, el pueblo mio.
La Francia á D. Enrique presta ayuda,
y el inglés á D. Pedro saldrá unido;
se amenguarán las fuerzas una á otra,
y el árabe despues vendrá en mi auxilio.

ESCENA VII.

AB-DEL-MOTRI y HAFIZ, que sale por el foro izquierda.

HAF. Señor, la favorita de D. Pedro
espera que la otorgués tu permiso
para ver á Zoraida.

AB. Hafiz, qué dices?...
No sabes que vedada aun al Rey mismo
está la entrada al pabellon sagrado?...

HAF. Eso mismo, señor, he respondido;
pero insiste furiosa en su demanda.
Dime si á su poder cedo ó resisto.

(Despues de una pausa.)

AB. Di á esa altiva cristiana, que la espero;
y á Zoraida dirás, que he concedido
á la mas alta dama de palacio
que admire su nobleza y sus hechizos;
que aconseja la rígida etiqueta
recibir la visita en este sitio.
Tú la acompañarás, y con tu gente
guardarás los cercanos pasadizos.
Ninguno aquí ha de entrar.

HAF. Ni el Rey?

AB. Yo voy á verle ahora, que es preciso
de Sevilla partir, y su real vénia
debo obtener cual obediente súbdito.
Harás que la litera esté dispuesta,
pues Zoraida, cual siempre, ha de seguirnos,
y la escolta tambien. Árabes solo;
árabes nada mas...

HAF. Sereis servido. (Se vá.)

ESCENA VIII.

AB-DEL-MOTRI.

AB. Insiste en ver á su rival!... Comprendo...
Querrá medir prudente su peligro:
verá un coloso entorpecer su marcha
y empleará su esfuerzo en destruirlo.
Y lo podrá lograr?... No: es castellana:
falta á su corazon velo sombrío,
y ha de arrojar al lábio la soberbia
los planes que su astucia ha concebido.

Ella pretende conocer el fuerte
que opone á su poder el enemigo...
Si el exterior la cede mi política,
la máquina está aquí de su estermio.

(Señalando á su frente.)

Hoy me toca ceder; fuera imprudencia
irritar su altivez, que aun no ha perdido
el favor de su dueño, y me conviene
demostrar mi humildad á su albedrío.

(Entra doña Maria por el foro izquierda.)

ESCENA IX.

DOÑA MARIA, AB-DEL-MOTRI.

MAR. Moro, eres tú quien mi atencion reclama? ..

Pretende disculpar tu lábio impío
la rebeldía con que tus esclavos
mi deseo cortés han resistido?...

AB. Perdonadme, señora; siempre esquivo
os vé con él vuestro mejor amigo.
Yo nunca os ofendí; más bien constante
en favor vuestro empleo mis servicios.
Sois de mi Rey el dueño idolatrado,
y yo á mi Rey y á vos siempre adherido,
al tálamo y al trono he de elevaros
sin tropezar en ilegal camino.

MAR. Pero al tocar el tálamo y el trono,
tú y otro hallaré con sangre tintos.

AB. Qué, fuisteis vos, ó fueron leyes justas
las que esa impura sangre habrán vertido?...
Sea feliz D. Pedro á vuestro lado;
haced felices vuestros caros hijos;
y librad á la patria de ambiciones,
matando sus bastardos enemigos.

MAR. (Será sincero de este moro el lá'io?...)
Hablemos del asunto á que he venido.
A esa hija que teneis, tan recatada,
deseo conocer.

AB. Gracias os rindo
por tan grande bondad; y ya he mandado
á Zoraida venir hácia este sitio,
para que solo á vos pueda ofrecerse,
y agradecer humilde este cumplido.
Muy poco tiempo concederla puedo,
porque partir en breve necesito
en servicio del Rey.

MAR. Cómo, y os sigue?...

AB. Zoraida á todas partes vá conmigo.
(Zoraida llega á la puerta del centro del foro, acompañada de Hafiz, que se retira en cuanto Ab-del llega á recibirla.)

ESCENA X.

DOÑA MARIA, ZORAIDA, AB-DEL-MOTRI.

ZOR. Vengo á cumplir las órdenes que has dado;
di lo que debo hacer, pues imagino
que sucesos estraños te obligaron
á sacarme, señor, de mi retiro.

AB. Perdóname, hija mia; no son órdenes;
solo rogarte puede mi cariño,
y al ruego de tu padre cariñoso,
amante y complacencia has acudido.
Esta señora, á quien respetos debo,
quiere ofrecer á la hija de su amigo
afectuosa amistad, que gratamente
sabrás acoger tu corazon benigno.

(Ab-del-Motri.) Que lazo fraternal por siempre os una!...
Así del grande Alá lo solicito;
ya que al formaros, tan preciosas dotes

pródigo entre las dos ha repartido.
Vamos pronto á partir ; solas os dejo;
el corto tiempo os sea tan propicio,
que en sus áuras de tierna simpatía
dejaros quiera el corazon mecido!
(Se va por la izquierda del foro.)

ESCENA XI.

DOÑA MARÍA, ZORAIDA.

MARÍA.

Si animada os hallo á vos,
como á vuestro padre, creo
á ir de la amistad en pos
que ha de unirnos á las dos,
pagais así mi deseo.
Tan pura, jóven y bella,
despertaís mi simpatía,
cuando por honda querella
de vos, contraria mi estrella,
sin conoceros, me hacia.
Sí, Zoraida, perdonad
que con franqueza os lo diga:
temiendo en rivalidad
celos de vuestra beldad,
os miré como enemiga.

ZORAIDA.

Celos!... De quién, nazarena?...
Pues qué, es acaso el galan
que en tí causa tanta pena,
el que á mí el alma me llena
de amor y angustioso afan?...
Es por ventura el guerrero
de mas apuesto talante,
ese marcial caballero,
á quien dió Marte su acero
al par que amor el semblante?...

MARÍA.

Musulmana, pronto, el nombre
del que así tu lábio alaba.

ZORAIDA.

Para que mi amor te asombre,
no sé la estirpe del hombre
de quien me declaro esclava;
que basta su gentileza,
su frente y sus ojos ver,
radiando en noble franqueza,
para mostrar la nobleza
que el alma debe tener.

MARÍA.

Rayos de Dios sobre tí!...
Es el Rey!... Teme mi saña!...
Noble, amante y bravo, sí!...
Mas galan no hay otro aquí,
ni mas valiente en campaña.
Robarme quiere su amor:
Ab-del con amor mas fuerte,
y astuto, maquinador,
para vivir sin temor
dará á la Reina la muerte.

ZORAIDA.

Mucho anhelas, musulmana!...
Muy alta tu ambicion brilla;
que hay puesta una castellana
entre esa trama villana
y el trono real de Castilla.
Nunca ha cedido á la ley
del interés mi pasión...
ni es de castellana grey
mi amante, ni ha sido rey
mas que aquí, en mi corazon.
Nació en Francia; allí leal
fué de D. Fadrique amigo;
llamóle este á Portugal,
y llegó el día fatal
de aquel mensaje enemigo.

Fué mi padre embajador
del noble Rey castellano...
Prendió al infante traidor,
en tanto que en mí el amor
clavaba el dardo tirano.
Cómo penetró en la tienda
en que estuve vigilada,
no lo sé, porque no hay prenda
á que un musulman se venda,
cuando á ellos voy entregada.
Pero, señora, le ví
postrado á mis piés de hinojos;
quise huirle, y me sentí
como encadenada allí
por la fuerza de sus ojos.
Besó mi mano, y el beso
fuego inculó en mis venas,
y en el corazon opreso,
se quedó el semblante impreso
del autor de mis cadenas.
Al despedirse, juró
volver á verme y hablarme,
aquí al infante siguió;
mas ya el infante murió,
y él tendrá que abandonarme.
Esta, señora, es la historia
del solo amor de mi vida;
y ella vive en mi memoria,
como esperanza de gloria,
que guarda el alma escondida.

MARÍA.

Jóven candorosa y bella,
abraza, abraza á tu amiga!...
Quizá necesites de ella
para esclarecer la huella
por donde tu amante siga.
La avaricia y la licencia
con sus poderosos brazos
emplean su omnipotencia,
en corromper tu inocencia,
para hacer tu honor pedazos.
Zoraida, triste es la suerte
que me es forzoso anunciarte:
tu padre quiere venderte
al Rey, que ha de poseerte,
y que nunca podrá amarte.

ZORAIDA.

Venderme á mí!... Si leyeras,
cristiana, en mi corazon,
tal pronóstico no hicieras;
que inaccesible le vieras
á la venal seducción.
En su escudo de diamante,
pura y sola brillaria
la memoria de mi amante,
porque no hay poder bastante
á robarle al alma mia.
Yo desafío el rigor
de esa poderosa ley,
que quiere eclipsar mi honor;
y ha de asustar mi valor
á un tiempo al padre y al Rey.

MARÍA.

Oh! Sublime corazon,
donde solo caber pudo
libre y amante pasión;
admite mi protección:
mi amistad será tu escudo!
Y si un peligro inminente
te amenaza, mira allá
de tu pabellon al frente

(La lleva á la ventana, mostrándola un objeto.)
mi morada: harás patente

la seña, y...
ZORAIDA. *(Mirando con ansiedad al jardín.)*
 Válgame Alá!...

MARÍA. Qué ternes?...
ZORAIDA. En la espesura
 del jardín, entre el abrojo,
 no ves allí una armadura,
 y la luz que ella fulgura
 teñir su penacho rojo?...
(Observan las dos con ansiedad.)

MARÍA. Un guerrero vigilante
 se oculta con diligencia...
 Observa!... Busca anhelante!...

ZORAIDA. Ese, cristiana, es mi amante!...
(Gritando y haciendo señas con su pañuelo)
 Aquí!... Aquí!...

MARÍA. *(Conteniéndola)* Ten prudencia!
ZORAIDA. Oh! Cristiana, qué ventura!...
 Me conoce, y corre aquí!...

MARÍA. Di mas bien que tu locura
 le dá una muerte segura
 á manos de Ab-del-Motri.
 De tu padre la llegada
 iré, Zoraida, á evitar...
 La salida está cerrada;
 si por aquí logra entrada,
(Señalando á la ventana.)
 también se podrá salvar.
(Se va doña María por el foro, cerrando tras sí la puerta.)

ESCENA XII.

ZORAIDA *(en la ventana.)*

Mas queavecilla ligera,
 trepando por la enramada,
 de su armadura pesada
 haciendo luma ligera,
 salvando ya la palmera
 con admirable vigor,
 se acerca... Tanto valor
 premiaré, y tan fuerte brio...
(Agenor salta por la ventana.)
 Llega á mis brazos, bien mio!...

AGENOR. Bendita seas, mi amor!...
(Se abrazan, y despues de un momento de pausa, avanzan al proscenio.)

ESCENA XIII.

ZORAIDA, AGENOR.

ZORAIDA. Yo esperaba tu venida,
 á pesar de que ignoraba
 el lugar que recataba
 la amante luz de mi vida.

AGENOR. Y yo, creyendo perdida
 del rumbo tuyo la huella,
 maldiciendo iba la estrella
 que guiaba mi camino,
 cuando errante peregrino
 me apartaba de mi bella.
 Ya estoy, Zoraida, á tu lado,
 y seré otra vez dichoso
 si repites, dueño hermoso,
 el amor que me has jurado...
 Me amas, di?...

ZORAIDA. Tú lo has dudado?...
 Dime qué prueba mas fuerte;
 enséñame de qué suerte

puedo mostrar mi pasion,
 si te he dado el corazon
 aun antes de conocerte?
 Noble ó plebeyo, te amé
 desde el punto en que te vi...
 Me amas tú tambien así,
 con tan pura y tierna fé?
AGENOR. Sabes cuán espuesto fué
 llegar á hablarte y á verte,
 y que una probable muerte
 en esa empresa arriesgaba;
 mas la vida me pesaba
 con el dolor de perderte.
 Soy francés; en Mauleon,
 hijo del amor, nací;
 y nunca el beso sentí
 de la paternal pasion.
 Ilustre heredé un blason,
 que por templar mis enojos,
 ó tal vez como despojos
 me legaron. Y mi vida
 nunca en amor fué mecida
 hasta que se hirió en tus ojos.
 Llevo del pueblo natal
 noble título y renombre,
 y de Agenor tomé el nombre
 en la pila bautismal.
 Mi sino, siempre fatal,
 me hizo bastardo nacer;
 pero yo he de ennoblecer
 mi blason sobre la tierra;
 que en lides de amor y guerra
 firme y constante he de ser.

ZORAIDA. Fué el título, tu valor,
 que conocia de tí,
 cuando el corazon te di,
 y ahora me asusta, Agenor.
 Llena el alma de tu amor,
 se atemoriza y aterra
 al nombre de infausta guerra;
 que te quiere mi ambicion,
 para premiar la pasion
 que aquí, en el alma, se encierra.

AGENOR. Quieres que suelte el acero
 que esgrimo contra tu padre?...
 Es razon que no te cuadre
 un enemigo guerrero!...
 Le aborrezco, porque fiero
 fué asesino del infante;
 porque le veo constante,
 en centinela prolija,
 no cual guarda de su hija,
 sino cual celoso amante.
 Zoraida, dí, por los cielos,
 es tu padre Ab-del-Motri?...
 Que un padre no puede así
 causar á un amante celos!...

ZORAIDA. No sé si justos recelos
 te hace el alma alimentar;
 solo puedo recordar
 que conocí niña á ese hombre,
 que de padre me dió el nombre;
 mas nunca le pude amar.

AGENOR. Quizá severo contigo!...
ZORAIDA. No; que mi menor deseo,
 cual orden cumplirse veo,
 y complaciente conmigo
 fué siempre y sumiso amigo.
 Su pensamiento y sus ojos

leyendo van mis antojos;
no sé el afan que le guía;
mas su ternura sombría
miedo me causa y enojos.
Escucha: cuando en mi estancia
le veo, como una sombra,
tocando apenas la alfombra
su exquisita vigilancia;
sin reparar que mi infancia
ha mecido tiernamente,
preocupada mi mente,
tiembla el alma pavorosa,
y una impresion horrorosa
causa su beso en mi frente.

Por evitar mi disgusto,
finjo dormir, y entrecabiertos
mis ojos velan despiertos,
siempre con recelo injusto...
De qué dimana ese susto,
ni por qué debo temblar
al hombre que á dominar
he llegado con imperio? ...
No comprendo este misterio,
ni me lo puedo explicar!...
Cuando fijo con empeño
sobre él mi altiva mirada,
la fiera suya, humillada
ante mi fuerza domoño;
si esquivo le muestro el ceño,
pálida y mústia su frente,
doblega sumisamente...
Si yo le causo terror,
cómo ha de darte temor
á tí, tan noble y valiente?...

AGENOR. Miedo á mí?... Por tí, amor mio,
nacer pudo mi recelo.

ZORAIDA. Tanto me amas?...

AGENOR. Nunca el cielo
grabó en mi pecho sombrío
otro amor, y siempre frio
á tan sublime pasion
permaneció el corazon,
porque hallarte no podia,
aunque ya creado habia
tu imagen en mi ilusion.
Quieres pruebas de mi amor?...
Cuanto en este mundo aprecio,
por tí abandono y desprecio;
todo!... menos el honor.

ZORAIDA. Yo sacrificio mayor
te ofrezco á tí, dueño amado;
y hasta el Dios que he adorado
te sacrifico tambien;
pues no mereces, mi bien,
sacrificio limitado.

AGENOR. Oh! Bella perla de Oriente!
guarda tu honra y tu Dios,
hasta que al mundo los dos
nos mostremos libremente.
Las mujeres de Occidente,
no esclavas son de un haren;
que idolatradas se ven,
cual tú lo serás por mi...

ZORAIDA. Abandona á Ab-del-Motri,
y adora al Dios de Belen.

ZORAIDA. Ese es mi mayor anhelo;
que el Dios que ama mi Agenor
debe ser el Dios mejor:
debe ser el rey del cielo.

AGENOR. Pues ya el sevillano suelo

es forzoso abandonar...

Tienes valor?...

ZORAIDA. Preguntar
puedes eso á quien te adora?...

AGENOR. Ven á mis brazos!... Ahora,
vamos el muro á salvar.

(La toma en sus brazos, cuando lo dice el verso, y se dirige con ella á la ventana; pero al tiempo de ir á saltar, se abre la puerta del foro y se presenta Ab-del-Motri.)

ESCENA XIV.

ZORAIDA, AGENOR, AB-DEL-MOTRI.

AB. Zoraida! (Da un paso hácia ellos, se detiene y desnuda su puñal. Zoraida, desasida rápidamente de los brazos de Agenor, hace caer la visera de su casco, en tanto que él desnuda la espada. Zoraida se interpone entre los dos con tan firme apostura, que parezca desafiar la cólera del moro, que, con semblante abatido y dejando caer los brazos, medita su venganza. Momento de pausa.)

ZOR. Zoraida soy, señor; contra tu hija
la mano vibre tu puñal tremendo;
mas la venganza quedará incompleta,
porque él desprecia tu furor, sin miedo.

(Señalando á Agenor.)

AB. Tú defiendes á ese perro francés!...
Una hija del profeta!... Oh! Vilipendio.

(Agenor da un paso amenazador, que contiene Zoraida estendiendo su brazo.)

ZOR. Tente, Agenor; invulnerable y fuerte
ante él te ves, con superior esfuerzo;
si herirle debes, sea en lid honrosa,
y que no sea en mi presencia al menos.
Sal de este Alcázar, ya que no ha querido
la suerte coronar nuestros deseos.
Esperanza y amor nos acompañen,
y premiará nuestra constancia el cielo.

AB. (Está armado, y es fuerte... Invulnerable!...
Oh, imbéciles!... Ahora vais á verlo!)

(Hace sonar un agudo silbido, y acude precipitadamente Hafiz con una guardia de moros, armados de hachas y cimitarras.)

AGE. Ah! Perros descreidos, dad un paso,
si os atreveis, que á todos os espero.

AB. Muera el cristiano, Hafiz!... Muera!...

HAFIZ Y LOS MOROS. Muera!...
(Zoraida se interpone entre Agenor y los moros.)

ZOR. No temas, Agenor... Moros, teneos!...
Padre y señor, escucha: haz que el cristiano
salga ileso de aquí... lo oyes?... Lo quiero!...
Desgraciado de tí, si por tu causa
á su cabeza falta ni un cabello!

AB. Pero amas tú, Zoraida, á ese cristiano?...

ZOR. Le amo, sí, con un amor supremo.

AB. Pues esa es la sentencia de su muerte!...
Heridle, moros!.. (El alza su puñal, y los otros avanzan; pero Zoraida les contiene.)

ZOR. No oiste que yo quiero
que de aquí salga ahora, en este instante?...

AB. Matadle sin piedad!... Obedecedme!

AGE. Llegad, si os atreveis!...

ZOR. (Deten tu acero,
que al tigre domaré.) Si un solo paso
dá, Ab-del-Motri, tu guardia, aquí penetro
de este puñal el acerado filo,
y en tu presencia romperé mi pecho.

(Zoraida ha sacado de su cintura un puñal, que apoya sobre su corazon.— Ab-del se arrodilla, y suplicante,

demuestra su timidez. Luego se dirige á los moros)

AB. Zoraida, por piedad!... Atrás vosotros!

ZOR. Arroja tu puñal, y que tus siervos se alejen de este sitio (*Ab-del, obedece, y los moros su orden*)

AB. Retiraos!...

(*Los moros se van por el foro; Zoraida tiende una mirada majestuosa por la escena, satisfecha de ser obedecida, y luego se dirige á Agenor.*)

ZOR. Abrázame, y adios, amado dueño!

AGE. No me sigues, Zoraida?..

ZOR. No conoces

que el que puso en salvarme tanto empeño, me matará primero que perderme?...

Para salvar tu vida, aquí me quedo.

AGE. Me amarás siempre?..

ZOR. Ves del sol los rayos

brillantes alumbrar el hemisferio?...

AGE. Si, sí: qué hermosos!... Oh!...

ZOR. Pues estinguído

primero que mi amor verás su fuego.

Ahora, Agenor, Adios!...

AGE. Adios, Zoraida!...

(*La besa la mano, y salta por la ventana.*)

AB. Oh! Yo, cristiano, atajaré tu vuelo!...

(*Zoraida hace una seña imperiosa. Ab-del recoge su puñal y la sigue por el foro*)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Salon régio del Alcázar de Soria. Puerta practicable al foro. Ventana á la derecha, en último término. Puerta á la izquierda, en segundo término, que indique por sus colgaduras y adornos dar paso á la habitacion del Rey. Muebles de lujo, al gusto de la época, y entre ellos el sillón real con las armas de Castilla.

ESCENA PRIMERA.

AB-DEL-MOTRI, y HAFIZ.

HAFIZ. Espero, señor, tus órdenes.

AB-DEL. Tu deber es vigilar...

Solo en tí confio, Hafiz;

mereces bien mi amistad;

que yo nunca descansára

sin un guarda tan leal.

Solo en los mahometanos

Hafiz, debemos fiar,

que tiene pocos parciales

D. Pedro en la cristiandad.

HAFIZ. Es cierto, señor; yo ví

en Calahorra aclamar

por su rey á D. Enrique

con júbilo general.

Cuando llegué, mensajero

á brindarle con la paz,

el infante, desdeñoso,

no me quiso contestar;

y el condestable francés

con arrogante ademan,

y amenazador, me dijo

á Búrgos podeis tornar;

y decid á vuestro amo

que en Búrgos se tratará

de esa paz que nos propone;

pero debeis galopar

si quereis llegar primero

que los que el aviso os dan.

AB-DEL. Ese Beltran Duguesclin,

de tanta temeridad, con su invencible renombre al fin se vendrá á enredar en el lazo que le tienda la astucia de un musulman; que no siempre la fortuna á la audacia ha de premiar.

HAFIZ.

Lo cierto es que la amenaza vimos cumplir de Beltran; que á Búrgos llegó el infante, y el Rey dejó la ciudad.

AB-DEL.

Quise yo que la dejára; que Búrgos poblada está de fanaticos cristianos que odian la raza oriental.

Ahora, el príncipe de Gales, con sus bretones nos dá gran refuerzo, y la victoria podemos asegurar.

Si las sienes del infante ya coronadas están, en Calahorra y en Búrgos, qué mas puede desear?...

Le haremos de sus conquistas una abdicacion legal, y así la sangrienta lucha lograremos evitar.

HAFIZ.

Y á sus pueblos castellanos D. Pedro renunciará.

AB-DEL.

Eso... despues lo veremos...

En prueba de lealtad, reconocido el infante, sin duda á Soria vendrá á dar gracias á D. Pedro y su real mano á besar.

Arrodillado ante el trono... es entonces natural, que si inclina la cerviz...

haga el hacha lo demás. Si D. Enrique fallece, la guerra concluirá,

HAFIZ.

y los pueblos darán gracias por haber vuelto á la paz. Oh! Señor, digno de vos es tan magnífico plan;

pero sin guerra, los árabes podrán la España pisar?...

AB-DEL.

Sí; porque los españoles verán con odiosidad á D. Pedro, y en nosotros su poder apoyará.

D. Fadrique y doña Blanca ya no pueden estorbar; en muriendo D. Enrique, poco estorbo es lo demás.

A los crímenes del Rey, unido vá el musulmán; á su triunfante poder unido tambien irá.

Importa, Hafiz, que á D. Pedro no puedan nunca llegar mensajeros de Sevilla, donde la Padilla está.

HAFIZ.

Desde el último que pude en Segovia aprisionar, ninguno se ha presentado. Hafiz, vela!...

AB-DEL.

HAFIZ.

Descuidad.

(*Hafiz saluda y se va por el foro.*)

ESCENA II.

AB DEL-MOTRI.

AB. D. Pedro... será el Rey?... (reflexionando.)

No... La diadema ceñirá esplendente;
pero yo, dictador, daré la ley
que ha de acatar su coronada frente
La fuerza será mia;
y mientras él sonría,
en el deleite del amor ufano,
yo elevaré el cimiento,
que al árabe sostenga el régio asiento
sobre el hundido trono castellano.

(D. Pedro sale por la puerta izquierda.)

ESCENA III.

D. PEDRO, AB-DEL-MOTRI.

PED. Qué noticias, Ab-del, has adquirido
del bastardo que causa mi desvelo?...

AB. Calmad vuestro recelo;
que quien os ha servido
con su fidelidad siempre constante,
hoy vuestro sueño guarda vigilante.

En Búrgos permanece,
sobre ficticio lecho de laureles,
y en las áuras se mece
de sus patricios fieles,
creyendo que merece,
por despojo alcanzado á vuestra alteza,
que Búrgos orne su real cabeza.

(Un momento de pausa en que demuestra reflexionar.)

PED. Ab-del, y de Sevilla?...

AB. No puedes darme alguna nueva grata?...

PED. También ingrata;
también infiel conmigo la Padilla!...

AB. Tú lo crees, Ab-del?...

El dictado de infiel,
no mas, señor, en vuestro lábio cabe;
pero al mio, discreto,
solo acatarla toca con respeto,
y no lanzarla acusacion tan grave.

Con vuestra pena vá la pena mia,
y no os puedo aliviar el padecer!...

Quién en amor se fia
de una débil mujer?...

Quién se encadena al pasajero hechizo
de ese frívolo ser antojadizo!...

PED. Oh! Perverso fuera
su corazon, y a teve,
si al olvido diera

que á mi pecho debe
la pasion tan fiera,
en cuyas aras ofreció mi mano

la vida de una esposa y de un hermano.

AB. La ambicion femenil todo lo abona:
doña María ansiaba una corona,
quizás habrá escuchado

el rumor de que estábais destronado...

PED. Ab-del!...

AB. Perdonad que os replique
lo mismo que ya os dije en aquel dia,
en que á Coimbra, la obediencia mia,
fué contra el malogrado D. Fadrique.

PED. Silencio, Ab-del-Motri!...

AB. Vos sois testigo de la resistencia
que opuso á ese mandato mi conciencia,
y que por vos cumplí...

PED. Su crimen le matò; no fué María.

AB. Pero sin ella el Rey lo ignoraria.

PED. Amor la hizo celosa!...

AB. No son pruebas de amor siempre los celos.

Vos no amásieis, señor, á vuestra esposa,

y el amor propio os inspiró recelos.

(Por el exterior de la ventana se oyen lejanos y melancólicos sonidos de la guzla de Zoraida que acompaña la cancion siguiente:)

En el valle, en la pradera

ó en el suntuoso salon,

en mí la tristeza impera,

sin que la paz placentera

recobre mi corazon.

La esperanza es el tormento

que prolonga mi agonía;

y en tan cruel sufrimiento,

un lúgubre pensamiento

aumenta la pena mia.

PED. Es Zoraida?...

AB. Sí, señor.

PED. Ab-del, tu hija!...

AB. Mi amor!...

PED. O es, acaso, tu esclava favorita?...

AB. Bajára yo mi frente

ante una hija tan humildemente?...

Diera á una esclava adoracion bendita?...

PED. Quién es, entonces, di, moro taimado?...

Quieres burlarte del afan que siento?...

(Ab-del se inclina y guarda silencio.)

Respondel!...

AB. No tengo atrevimiento...

PED. Pues ella le tendrá... (Va á salir por el foro; Ab-del se interpone, arrodillándose delante del Rey.)

AD. Señor!...

PED. Malvado!...

(Tratando de apartarle.)

Tu resistencia en mi poder se estrella!...

Yo soy el amo aquí; yo iré por ella.

AB. Señor: tened en cuenta

que es Zoraida muy noble y elevada;

nunca esperéis que en su baldon consienta;

que antes muerta será que profanada...

Os lo juro, señor!...

PED. Qué, moro, con mi amor,

sus preclaros blasones se mancháran?...

Si esposas he tenido,

que de régias estirpes han nacido,

damas tuve que al trono se igualáran.

(Ab-del se levanta.)

AB. Escasas son, señor, vuestras medidas,

si igualar á Zoraida habeis querido

con las prendas perdidas;

que Zoraida ha nacido,

en línea del profeta dimanada,

hija de Mahomet, rey de Granada.

Ya, señor, lo sabeis,

y espero respeteis

la virginal aurora

en que brillar la veis,

en pago á aquella sangre derramada.

PED. Hija de Mahomet!... Oh! Desgraciada!

AB. A quien diez años hace asesinaron

vuestros secuaces, que á saqueo entraron

en su alcázar sagrado!...

Fuí su amigo leal; fuí su privado,

y á Zoraida salvé de vuestra gente.

Desde entonces, por padre me ha tenido;

desde entonces, sumiso os he servido;

premiad, señor, mi lealtad, clemente!

PED. Sabes que la amo, moro?...

AB. Yo esa pasión, D. Pedro, no acrimino, si vá de la virtud por el camino. Habladla con decoro, y pues noble es su sangre, cual la vuestra, de puro y tierno amor dad una muestra. Sois jóven, arrogante...
Cómo ese amor Zoraida repeliera?...
Tan difícil sería al régio amante herir un alma por la vez primera?...

PED. Nunca su amor divino daría al asesino, que verá en mí, de su difunto padre: jamás seré dichoso; que el recuerdo del hecho doloroso su corazón es fuerza que taladre.

AB. Ella ignora, señor, tan triste historia, que no vendo jamás al amo mio... Solo sabe de vos el poderio; solo la hablé de vuestra escelsa gloria.

PED. Gracias, mi buen Ab-del!.. Yo voy á hablarla, y juro, por mi nombre, respetarla.
(D. Pedro se va por el foro, á la derecha.)

ESCENA IV.

AB-DEL-MOTRI.

AB. Sí, la respetarás; y si logra su amor herir tu pecho, la corona á sus plantas postrarás al reclinar tu frente en nupcial lecho. Si ciego en tus amores, no ves entre sus flores el lazo que te dejo preparado, triunfante el moro, á su vencido Rey, en jaula de oro, guardará dignamente aprisionado.
(Oficial sale por el foro, derecha.)

ESCENA V.

AB-DEL-MOTRI, OFICIAL.

OFI. Un guerrero que trae una embajada, para hablar con el Rey licencia pide.
(Ab del reflexiona.)

AB. (Y el Rey!...) (Un momento de pausa.)

OFI. Señor, decide si debo darle entrada.

AB. De dónde... y con quién viene ese guerrero?...

OFI. De Búrgos. Con su paje, y escudero.

AB. De Búrgos, enviado?

OFI. Así, señor, anuncia su embajada.

AB. (Cómo Hafiz ha dejado mí orden olvidada?...)
Traedle bien guardado, que yo al Rey entre tanto daré aviso.
(El oficial saluda y se va.)

ESCENA VI.

AB-DEL-MOTRI.

AB. Alejar á D. Pedro es ya preciso: este camino es fuerza que le ataje, y así el primero escucharé el mensaje.
(Desconfiando.)
Acaso de Sevilla, con disfraces le manda la Padilla!... Su ardid descubrirá mi vigilancia, que guerra esa cristiana me ha jurado, y guerra á su poder le declarado,

que he de humillar su orgullo y arrogancia.
(Ab-del se va por el foro, á su derecha. Pocos momentos despues, por la parte opuesta, salen Agenor, doña María, disfrazada de paje. Muzaron, oficial y guardias.)

ESCENA VII.

AGENOR, DOÑA MARÍA, MUZARON, OFICIAL y guardias.

OFICIAL. Podeis descansar aquí, y mandad lo que os convenga: yo os serviré hasta que venga el ministro Ab-del-Motri.

AGENOR. No vengo buscando yo hombres de tan baja ley: mi embajada es para el Rey; para su ministro, no, Caballero, como veis, divisa militar llevo; yo cumplo aqui como debo, cumplid vos como debeis.
(El oficial coloca dos centinelas en la parte exterior de la puerta del foro, y se retira con los soldados.)

ESCENA VIII.

Los de la anterior, menos el OFICIAL y los soldados.

MARÍA. El moro vá á recibiros?...

MUZARON. Y á colgarnos, voto á bríos!... por engañadora, á vos; y á nosotros, por cubriros; que fué donosa ocurrencia la de mi amo, el consentir...
AGENOR. Muzaron!...

MUZARON. Nada... morir... callar y tener paciencia.
(Se retira á un lado, y se sienta en un sillón, reclinando la cabeza sobre el pomo de la espada.)

MARÍA. Creo que de este favor vos no estareis pesaroso?...

AGENOR. No, si hallais á vuestro esposo sin otro riesgo mayor; que esposa y enamorada, ausente del bien amado, no os habrá, ingrato, dejado á vuestro llanto entregada.

MARÍA. Sí; llanto de indignacion me hizo verter ese moro que del hombre á quien adoro me aleja con precaucion. Nadie en Soria puede entrar sin que Ab-del-Motri lo mande; y aun vos, con mision tan grande, temo que al Rey no hais de hablar; que amigo de gran valor es para el Rey; mi marido, y ha interceptado el válido los mensajes de mi amor.

AGENOR. Descuidad; yo le he de ver, que hoy ya vencido se mira, y ambos temerán la ira del que me dió su poder.

MARÍA. Vencido decis!...

AGENOR. Señora, no sabeis que en su lugar se hizo Enrique coronar, y que Castilla le adora? D. Pedro se precipita; le abandonan sus guerreros;

le engañan sus consejeros;
le vende su favorita...
MARÍA. Qué favorital... Esa mora?...
AGENOR. Qué mora?...
MARÍA. Esa acusacion,
pensé que hacia alusion
á la infiel que el Rey adora...
La hija de Ab del-Motri...
AGENOR. Zoraida!...
MARÍA. La conocéis?...
AGENOR. Su imagen vive en mi pecho!...
MARÍA. Pues pronto en el régio lecho
á vuestra amiga vereis.
AGENOR. Señora, tened la lengua;
y si quereis mi amistad,
á Zoraida respetad,
que no merece tal inengua.
MARÍA. Es que fuera ingrata amiga
y esa amistad no pagara,
si hipócrita recalára
lo que ya es fuerza que os diga.
Y de gratitud la ley
me arranca esta confesion,
cuando ámplia declaracion
hizo de su dama el Rey.
Cual galan de fino porte,
siempre al pié de su litera,
la custodia en la carrera,
ó la festeja en la córte.
AGENOR. Señora, por compasion,
callad, que me estais matando
con ecos que van clavando
dardos en mi corazon.
MARÍA. Acaso, amais á esa mora?...
AGENOR. La idolatro!
MARÍA. Amiga ingratal...
AGENOR. Forzoso lazo la ata
lejos del hombre que adora;
que Ab-del, para que se tuerza
de amor la creciente huella,
habrá empleado con ella
toda su magia ó su fuerza.
MARÍA. Oh! Sí; el moro es un malvado,
fatal al Rey y á Castilla.
AGENOR. Él querrá de la Padilla
ver el poder derribado;
que su privanza real
nadie consiente al nivel,
y hace á D. Pedro cruel
con los que teme á su igual.
MARÍA. Creéis que á doña María
podrá Ab-del-Motri vencer?...
AGENOR. Cómo una débil mujer
al moro resistiria?...
O contra una cortesana
se mostrara menos fuerte,
el que dió inhumana muerte
á la reina castellana?...
No: no tendrá compasion;
y, si antes hirió tirano,
lavarse querrá la mano
con sangre de expiacion.
MARÍA. Doña María recusa
tener faltas que expiar.
AGENOR. De que hizo á Blanca matar,
toda Castilla la acusa.
MARÍA. Es injusta acusacion;
y si muriese María,
llorarla España debia
como á Blanca de Borbon.

AGENOR. Os aflige demasiado
la suerte de la Padilla!
MARÍA. Vos me mostrais la cuchilla
en su cuello delicado;
y esa imagen horrorosa
me estremece el corazon,
porque debi á su atencion
una amistad cariñosa
He estado á su servicio;
y si salvarla pudiera,
creed, señor, que ofreciera
mi vida en su sacrificio.
A trabajar vengo aquí
en pró de esa desgraciada;
y si logro, en Soria, entrada,
ella vendrá tras de mí.
AGENOR. Sí, sí; os lo juro por Dios!
Conmigo en Soria entrareis;
que me importa que os junteis
en este Alcázar las dos.
MARÍA. Repetid el juramento!...
AGENOR. Sobre la cruz de mi espada
juro que os darán entrada
si me dan recibimiento.
MARÍA. Oh! Gracias!... Decidme ahora
qué deseais, qué quereis?...
AGENOR. Concederme no podeis
lo que yo anhelo, señora.
MARÍA. Declarad, si no es secreto,
el deseo apetecido.
AGENOR. Ver á mi amor!...
MARÍA. Concedido.
La vereis, os lo prometo.
AGENOR. Pedidme en pago la vida!...
MARÍA. Ya os debo tanto, señor,
que, aun despues de este favor,
os quedare agradecida.

(Muzaron oye ruido por el foro, y se levanta.)

ESCENA IX.

Los de la anterior, y HAFIZ, oficial castellano,
soldados moros y castellanos.

HAFIZ. El ministro, Ab-del-Motri,
vá á venir á recibiros;
y en tanto, para serviros,
su celo me manda aquí.
AGENOR. Os agradezco el decoro
con que venís á anunciar
que me quieren vigilar
con un centinela moro.
Vine aquí, por voluntad
del que mandarme ha podido,
y de un poder revestido
que ofrece seguridad.
HAFIZ. Ningun recelo abrigamos,
ni ese desdeñ merecemos;
que por amigo os tenemos,
y sinceramente hablamos.
(A los árabes.)
Disponed para el guerrero
vino y frutas; porque así,
mientras viene Ab-del-Motri,
pase el tiempo placentero.

(Dos moros se disponen á obedecer, y doña María les
detiene.)

MARÍA. Eh! Moritos, esperad;
que es mi obligacion servir
á mi amo, y la he de cumplir
con toda fidelidad. (Se dirige á Hafiz.)

Juro, por vuestro Mahoma,
que os molestareis en vano,
si no prepara mi mano
lo que mi señor se coma.

HAFIZ. Es muy digna de alabanza
tu fidelidad!... Vé, pues;
aunque aquí, infundada es
tu sutil desconfianza.

(Hace seña á los árabes para que la acompañen. Doña Maria les deja pasar delante, y habla á Muzaron en secreto, sin ser vista.)

MARÍA. Di á tu amo, que á realizar
mis planes, al punto voy;
y que triunfaremos hoy
si Dios nos quiere ayudar.

HAFIZ. Si me dais vuestro permiso...
(Haciendo demostración de retirarse.)

AGENOR. Haced vuestra voluntad.

HAFIZ. Cuanto os antoje, mandad
á vuestro siervo sumiso.

(Saluda, y se va con todos los guardias, colocando dos en la parte exterior de la puerta del foro)

ESCENA X.

AGENOR, MUZARON.

AGENOR. Muzaron, ¿dónde habrá ido
nuestra amiga de viaje?...

MUZARON. Se desertó.

AGENOR.

MUZARON.

Cómo?...

El paje,

ya de mí se ha despedido.

»Di á tu amo, que á realizar

»mis planes, al punto voy;

»y que triunfaremos hoy

»si Dios nos quiere ayudar.»

dijo; paso redoblado

tomó; y al fin, como bruja,

por el ojo de una aguja

se habrá, señor, escapado.

AGENOR. Siempre tu lengua villana

á la burla busca objeto.

MUZARON. Y merece mas respeto

la advenediza gitana?..

No la hallamos en la cueva

entre la gente *non sancta*?...

Quién es, el adágio canta,

por la compañía que lleva.

Mujer que nos pide ayuda

para entrar en la ciudad;

que oculta su calidad,

y hasta de sexo se muda,

será mujer de buen porte?...

AGENOR. Su relato no has oído?...

Que busca aquí á su marido

y que es dama de la córte?...

MUZARON. Tu... tu... rutinas son esas

de mujeres desvalidas...

Todas han sido mecidas

en cunas de principesas.

AGENOR. No la vimos respetada

entre la mezquina gente,

que la seguía obediente

como á su Reina adorada?...

Disfraces usó, es verdad,

porque, de harapos cubierta,

creyó atravesar la puerta

de esta guardada ciudad.

Ella, entrada y confianza

tuvo en el Alcázar real;

siendo dama principal
tan solo ese honor se alcanza.

MUZARON. Podrá ser, mas no me fio;
que oí contar con tal gracia
los cuentos de la desgracia,
que de sus cuentos me rio.

ESCENA XI.

AGENOR, MUZARON, HAFIZ y soldados moros.

HAFIZ. Mi señor, el poderoso
Ab-del, viene á este aposento.

MUZARON. (Me parece que este cuento
ha de ser mas lastimoso.)

ESCENA XII.

Los de la anterior y AB-DEL-MOTRI.

AB-DEL. Dónde está ese embajador?...

AGENOR. Aquí: ved la credencial.

(Se quita la manopla y enseña un anillo de esmeraldas, que deberá tener dos E. E. entrelazadas.)

AB-DEL. Qué es eso?...

AGENOR. El anillo real

que tuvo doña Eleonor.

(Ab-del-Motri se inclina con respeto.)

Que, como enseña de gloria

a mi honrosa comision,

dió el príncipe por blason

de su madre la memoria.

Y qué es lo que pretendéis?...

Ver al Rey.

AB-DEL.

AGENOR.

AB-DEL.

(Ap. á Agenor.) (Malol Nos manda encerrar.)

(Señor, el maldito moro,

con atencion y decoro

nos hace en vida enterrar.)

(Ap. á Hafiz.) (Hafiz: solo á tu firmeza

esta guardia corresponde;

pero advierte, que responde

de los presos tu cabeza.)

(Cuál es vuestra voluntad?..)

(Mañana te lo diré.)

HAFIZ. (Os juro que les tendré con toda seguridad.)
(*Hafiz les hace seña de que le sigan.*)
AGENOR. (*A Muzaron*) (Hoy le hubiera degollado si no fuera embajador.)
MUZARON. Inconvenientes, señor, de vuestro puesto elevado.
(*Se van por el foro, á su izquierda.*)

ESCENA XIII.

AB-DEL-MOTRÍ.

AB-DEL. Ya que estás en mi poder yo arrancaré tu secreto; y á guardarme mas respeto, vive Alá, que has de aprender. Altivos son los cristianos cuando con los moros tratan; pero descuidados, atan á nuestro poder sus manos.
(*Sale D. Pedro por el foro izquierda.*)

ESCENA XIV.

D. PEDRO, AB-DEL-MOTRÍ.

PED. Quiénes son, buen Ab-del, esos guerreros que en la torre aprisionan mis soldados?... Son, acaso, traidores revelados contra mi trono y mis sagrados fueros?...
AB. Espías cautelosos y traidores, que de Soria, rondando por los muros, creyeron su traicion lograr seguros con una credencial de embajadores.
PED. De qué país fingieron la embajada?...
AB. El nombre del bastardo han invocado; pero luego su plan verá aclarado, y será su perfidia castigada.
PED. Si con efecto son embajadores, esa digna mision debe acatarse; que D. Pedro, en su honor, no ha de mancharse, faltando de la guerra á los honores.
AB. Dicen serlo, es verdad; pero esa duda que vos mismo abrigais, tambien abrigo; si cauteloso miro al enemigo, esa cautela mi prudencia escuda.
PED. Crees que nos engañan?... Habla, moro. Qué espías son, por la traicion pagados?...
AB. Traidores me parecen, disfrazados; mas su intencion y calidad ignoro.
PED. Tu ignorancia me ha sido muy sensible, y á corregirla vas...
AB. Mande Su Alteza...
PED. Disculpa tu impolítica torpeza, y tráemelos aquí.
AB. Aquí!... Imposible!...
PED. Ay de tí, si tu mano ha castigado á un emisario fiel!...
AB. Nada ha sufrido.
PED. Pues enmienda tu falta, que ha infringido de la guerra el derecho mas sagrado.
(*Ab del se sonrie sarcásticamente.*)
AB. Me sorprende el respeto que embaraza vuestra conciencia hoy; pero no puedo al respeto ceder, señor, por miedo del peligro mortal que os amenaza.
PED. Nada temas por mí... fiel consejero; teme mas bien por tí...
AB. Señor, tranquila mi conciencia, ni teme ni vacila.
PED. Consúltala mejor...

AB. Hoy muy severo conmigo os demostrais, y reticente.
PED. Es que indignado estoy por los temores que te asaltan, al ver embajadores, ya del Oriente lleguen, ú Occidente. Ab-del-Motri, la vez primera ha sido que has mandado arrestar los mensajeros?...
AB. No, gran señor; no han sido los primeros; que á otros ciento, quizás, he detenido.
(*D. Pedro se levanta indignado. Ab-del se arrodirilla.*)
Vuestro castigo espera resignado el leal servidor que puso dique al alevoso plan de D. Enrique, que habia vuestro muerte decretado. Por serviros, mi celo y entereza, entre tanto malvado delincuente, quizá sacrificó algun inocente; aquí teueis, en pago, mi cabeza.
PED. Merced á la disculpa, bien fundada, que me das, te perdono; mas no quiero que se niegue jamás á un mensajero en mi Alcázar real la libre entrada. Esos guerreros que tu celo encierra, embajadores son; y en el momento les quiero conceder recibimiento, y escuchar su mision de paz ó guerra. En nombre del bastardo aquí han venido; en su nombre hablarán; haz con presteza que venga á rodearme la nobleza, y que dé al acto el esplendor debido.
(*Ab-del-Motri saluda, y se va por el foro, á su izquierda.*)

ESCENA XV.

D. PEDRO.

Si María le acusa resentida, porque él ha interceptado sus mensajes, concederá perdon á los ultrajes que fueron causa á resguardar mi vida. María!... Su llegada inoportuna me apartará de mi Zoraida bella, ó injusto habré de ser, sino, con ella, que supo amar, como mujer ninguna. Pero Zoraida es hoy la ilusion mia, y acrecienta mi amor con sus rigores... el fuego de sus ojos brilladores me abrasa el corazon...
(*Doña Maria, en traje de señora de corte, sale por el foro izquierda.*)
MAR. Señor...
(*Se detiene al dintel de la puerta.*)
PED. (María!...)

ESCENA XVI.

D. PEDRO, DOÑA MARÍA.

PED. Acercaos, María; qué os detiene?...
MAR. Esperaba, señor, vuestra licencia.
PED. Siempre, para llegar á mi presencia, la Reina, de su Rey licencia tiene.
MAR. Sin embargo, mil penas he pasado, cruzando disfrazada media España, oculta por la selva ó la montaña, para poder llegar á mi reinado. De fuertes enemigos el encono me hicieron desde aquí guerra traidora, obstáculos poniendo á su señora para apartarla lejos de su trono.
PED. Culpais con injusticia á los amigos que de contrarias artes desconfian;

cómo de mi furor se librarian si en mis reinos tuviéseis enemigos?...
MAR. Vos los teneis, D. Pedro, á vuestro lado, que os engañan, que aduermen vuestro brio, en tanto que el bastardo, el poderío, y el trono de Castilla os ha usurpado. Mi corazon, señor, estremecido, oyó al embajador, cuando decia que D. Pedro la paz aceptaria, viéndose débil, sin poder, vencido.
PED. Por Cristo, que han de ver esos traidores cuán difícil vencer es mi arrogancia, con las legiones que mandó la Francia de asesinos, cobardes salteadores. Rey vencido me llama su insolencia, sin probar en la guerra el duro acero?...
(Sale un oficial, recibe la orden del Rey, y se retira.)
 Ola!... El embajador! La guerra quiero, ó al bastardo humillado en mi presencia.
D. Pedro toma asiento en su sillón blasonado. A su derecha, en otro, doña María, y cubre el rostro con su velo. Empiezan á entrar caballeros y oficiales. Sigue la guardia de palacio, y luego Ab-del-Motri, que se coloca á la izquierda del Rey. Guardias moros, que custodian á Agenor. Detrás Muzaron, que se queda en último término. La colocacion de todos los personajes queda á gusto del director de escena, con arreglo á las proporciones del escenario.)

ESCENA XVII.

D. PEDRO, DOÑA MARÍA, AB-DEL-MOTRI, AGENOR, MUZARON, HAFIZ, Caballeros, oficiales, pajes, guardias castellanos y árabes.

PED. Sois vos el mensajero que ha llegado á tratar con D. Pedro de Castilla, en nombre del bastardo rebelado?...
 Doblád ante el Monarca la rodilla.
(Agenor alza la visera del casco. Ab-del le reconoce con visible sorpresa.)
AGE. De D. Enrique, el rey que ha conquistado amor del pueblo con la régia silla, soy emisario fiel. Ved esta prenda, que es de doña Eleonor sagrada ofrenda.
(Agenor dobla la rodilla y muestra el anillo al Rey, y se levanta inmediatamente.)
 Nunca creí, señor, que el noble fuero de que investido estoy, se despreciára; ni que á un cristiano y noble caballero, por un árabe vil se aprisionára. Aunque la queja producir espero, hoy os la manifiesto cara á cara; porque esperé de vuesa señoría menos crueldad, y mas cortesanía.
PED. Mas respeto tambien; menos llaneza esperaba de vos en el lenguaje; no señoría; Majestad y Alteza se dá al Rey de Castilla en homenaje.
AGE. Perdonad mi impericia, ó mi torpeza; mi voluntad no os quiso hacer ultraje. Quizá olvidé que aun os permite el cielo que Rey seais en el Soriano suelo.
PED. Rey de Soria, es verdad; pero de dónde lo es el usurpador que aquí os envía?...
AGE. No es discusion que á mí me corresponde, que es mas humilde la embajada mia. Si paz quereis, señor, con paz responde D. Enrique tambien; y espera el dia que con fraterno amor cese la guerra, que á Dios ofende y á Castilla aterra.

PED. No; guerra pide mi bastardo hermano, aunque hipócrita paz viene á brindarme; porque bien sabe que me brinda en vano, no pudiendo su pacto acomodarme.
AGE. La condicion sabeis?...
PED. Sí; sé que ufano mi reino á compartir quiere obligarme; y que su antojo pide, entre otros bienes, á Ab-del-Motri, y Zoraida, por rehenes.
(Ab-del-Motri se estremece, y aguarda ansioso la decision del Rey.)
AGE. En efecto, señor; bien informado se encuentra vuestra Alteza. Y yo no atino quién puede este secreto haber violado, cuando encerrado aquí... (Cielo divino!...)
(Al poner Agenor la mano en su pecho, doña María echa su velo á la espalda, y Agenor la reconoce y se sorprende.)
PED. Al bastardo decid, que he rehusado ese mensaje audaz; que mi destino la diadema real puso en mi frente, y que es mi voluntad omnipotente.
AGE. Eso es decir, señor, que quereis guerra?...
PED. Me conformo con ella; no la quiero; ni la lucha provocho, ni me aterra.
AGE. Pues yo, de D. Enrique, en nombre y fuero, á vos, D. Pedro, á cuantos Soria encierra, ó adicto os sea en suelo castellano, reto á la lid con valerosa mano.
(Agenor arroja una manopla á los piés del Rey. La corte, toda, manifiesta su indignacion, y algunos caballeros echan mano al puño de sus espadas. Don Pedro se levanta, y con ademán noble é imponente, contiene los murmullos y la agitacion de los cortesanos. Momento de pausa.)
PED. Cual fiel embajador habeis cumplido, cual leales tambien nos mostraremos. Sepa Enrique que el reto he recogido, y que pronto en el campo nos veremos. Si hoy os es el descanso apetecido, hospitalario techo os ofrecemos, valor y lealtad nos acompaña!
AGE. Lealtad y valor, y á la campaña!
(El Rey se vá por el foro, á su derecha; todo el acompañamiento le sigue; doña María se detiene detrás de todos, y sin ser advertida por los demás, entrega un pergamino á Agenor. Este sale por el foro, con Muzaron, detrás de todos.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un salón árabe del Alcázar de Soria. Al foro tres ventanas ojivales con rejas que dan vista á la calle. Al costado izquierdo, en último término, otra ventana, tambien con reja, cubierta con una colgadura, igual á las que debe haber en las puertas y sitios correspondientes para el buen ornato de la habitacion. Puertas laterales, la de la izquierda en segundo término, la de la derecha en el último. Otra reja al costado derecho en segundo término. Empieza el acto una hora antes de anochecer.

ESCENA PRIMERA.

AGENOR, MUZARON. *(Este aparece en la reja de la derecha. Agenor sentado, sin espada, que debe estar sobre una mesa. Tiene un pergamino en la mano.)*
AGENOR. Muzaron, nada descubre?...
MUZARON. Por aquí á nadie se ve,

ni se oyen mas que los trinos
del ruiñeñor, que á la vez
con el pintado gilguero,
gracias al Supremo Rey
envian, desde el follaje
que les sirve de dosel.

En áuras embalsamadas
que exhala el florido Edem,
cantan dichosos amores,
ó amargos celos tal vez.

AGENOR. Dichosos, dichosos ellos,
que en este mundo se ven
sin diferencia en su esfera,
iguales ante su ley!...

Cantos dá su gratitud
al que les hizo nacer
libres, como el mismo viento
que les sirve de sosten.

En verde, florida alfombra
descansa su leve pié,
y su palacio es un mundo,
y solo Dios es su rey.

MUZARON. Señor, eso es poesía;
qué el hombre es dueño tambien
de matar tanta ventura,
cuando el antejo le dé.

AGENOR. Sí; porque sino fatal
del hombre por siempre fué,
sembrar el mal por dó quiera,
sin que haga brotar el bien.

MUZARON. El hombre!... No siempre el hombre
hace el daño; que esta vez,
si algun mal nos acontece,
brotará de una mujer.

AGENOR. Sí, Muzaron; es verdad,
que imprudencia mía fué
participar á esa dama
lo que no debió saber.

Pero cómo imaginar
que ocultára el guardapiés
de aventurera gitana
á dama de tanto prez?...

MUZARON. Gitana y bruja, señor,
siempre sinónimo es,
y para hacer nuestro mal
la dió esa forma Luzbel.

AGENOR. Sin embargo, en este escrito
me ofrece un inmenso bien.

MUZARON. Qué garantías nos dá?...
AGENOR. Escucha.

MUZARON. Vamos á ver.
(Agenor desdobra el pergamino y lee.)

AGENOR. «Este escrito, caballero,
»la prenda primera es
»que en muestra de gratitud
»os he podido ofrecer.

»Cuando el sol llegue á su ocaso
»se apartará de mí el Rey
»para revistar las tropas
»que han de combatir por él.

»Entonces, en vuestra cámara
»espéreme su merced;
»que de vos y de Zoraida
»quiero procurar el bien,

»en pago del que me hicisteis
»tan generoso y cortés.
»Contad siempre con Maria,
»vuestra amiga eterna y fiel.»

Muzaron, mentir no puede
la que expresa este interés:

invoca á Zoraida en prenda,
y es ese nombre mi fé.

MUZARON. La fé, en el juego del mundo,
tiene siempre que perder,
porque abusan los tahures
de su pura candidez.

Si con los ojos abiertos
hay trampas que no se ven,
qué sucederá al que vendas
sobre ellos quiera poner?...

Señor, con ojo avizor
os aconsejo que esteis,
que donde hay tantos infieles
no ha de reinar buena fé.

AGENOR. Tengo mi espada conmigo.
MUZARON. Buena compañera es:

teniéndola en vuestra mano
triunfaríais de otros seis:
no á menos con mi ballesta
haría el polvo morder,

y matando doce herejes
se salva el alma, y amen.
AGENOR. Muzaron, mucho agradezco
el celo que en tí se vé;

pero no hay razón ninguna
que haga el peligro temer.
Doña Maria Padilla,
sin duda me quiere bien,

y al servicio que me debe
hoy quiere corresponder.
MUZARON. Pero el moro Ab del-Motrí,
á quien insultado habeis,

y a quien pedisteis por rehenes
en la audiencia que os dió el Rey
no os estará agradecido;
y si nada hay que temer

de la dama favorita,
al favorito temed.
AGENOR. A nadie temo, y resuelto
mi destino esperaré;

solo acometo el peligro,
y solo espero vencer.
Es forzoso que al momento,
sin dar descanso al corcel,

vayas á Búrgos, y veas
al condestable francés.
Le dirás que recibido
he sido con altivez

por D. Pedro, y que la guerra
decidida está por él;
que ya las hostilidades
es ocasion de romper,

y que brille el sol de España
en nuestro triunfante arnés.
MUZARON. Seria mas conveniente
que escrito el parte me deis,

que en mi memoria no fio.
AGENOR. No, porque puedes caer
en manos del enemigo...

MUZARON. Señor, discurris muy bien:
archivado en el magin
vuestro aviso llevaré...
Y por si acaso, señor,

no nos volvemos á ver,
dadme á besar vuestra mano!
AGENOR. Adios, escudero fiel!

(Muzaron se arrodilla, besa la mano de su Señor y se
va por la puerta derecha.)

ESCENA II.

AGENOR *(después de una pausa)*.

Omnipotente Dios de cielo y tierra,
dominador del mundo en las alturas,
donde fúlgido escudo el paso cierra
á la vista de humanas criaturas!
Mira aquí al hombre, que obstinado yerra,
por falsa senda caminando á oscuras,
que alevoso Cain vá con sus manos
preparando la muerte á sus hermanos.
Amor y paz a los fraternos lares
envia con tu mano bienhechora!...
Evita de la guerra los pesares,
y hunde la vana pompa destructora!
Yo de la lid provoqué los azares
con hipócrita voz engañadora,
hoy que consagro á una mujer querida,
en cambio de su amor, toda mi vida.

(Por detrás de la reja de la izquierda se oyen melancólicos sonidos de la guzla de Zoraida. Agenor fija su atención un momento, y corre luego hacia la reja, buscando ansioso con su vista la mano que hace vibrar el instrumento. En tanto se presenta doña María por la puerta izquierda, y después que empieza el siguiente diálogo, se van perdiendo los acentos de la guzla.)

ESCENA III.

AGENOR, DOÑA MARÍA.

MARÍA. Caballero!... *(No me ha oído... La música le enamora!...)*
Señor Agenor!...
AGENOR. *(Reparando en ella)* Señora!...
MARÍA. Os hallo muy distraído!
AGENOR. Es mi disculpa notoria, señora, cuando divisé el celeste paraíso en los jardines de Soria.
MARÍA. En el Alcázar de un Rey de valor y gentileza, se humilla naturaleza á demandarle su ley.
AGENOR. Pisar podrá el Rey las flores; gozar sus aromas suaves, mas no esclavizar las aves que libres cantan amores. Que si en el jardín trinando dulces sonidos regalan, son tristes ayes, que exhalan por el bien que van buscando. Señora, si como á vos, todo el Rey lo dominára, en este mundo reinára tan potente como Dios. No hubiera oculto un secreto para ese Rey tan querido, ni favor agradecido que no cumpliera á su objeto.
MARÍA. Resentido, con razón me acusais en este instante... Mas, de qué modo á un amante se le cierra el corazón!... Yo no descargo la culpa de que me acusais muy bien; pero vos, que amais también, me concederéis disculpa. Señor, los disgustos nuestros demos ya por terminados;

desde ahora mis cuidados son por intereses vuestros. Mios, señora?...

AGENOR.
MARÍA.

Cabal! Me creísteis enemiga, y permitidme que os diga que me habeis juzgado mal. Respeto, apoyo y afecto en el viaje os he debido, y habeis á mi amor servido, aunque de modo indirecto.

AGENOR.

Bien indirecto, eso sí, pues nunca llegué á pensar que pudieran resonar nuestras palabras aquí

MARÍA.

De casualidad la ley pudo ser; pero propicias, me disteis unas noticias que agradeció mucho el Rey. No os obstineis en negar que muy útil me habeis sido.

AGENOR.

Sea, pues; pero...

MARÍA.

Entendido;

vereis que os puedo pagar. Suponed que en esta plaza os quisieran detener...

AGENOR.

Cómo!...

MARÍA.

No debéis temer:

de salir os daré traza.

AGENOR.

Vuestro proceder le fuera á D. Pedro conveniente;

que obrára villanamente como aquí me detuviera.

MARÍA.

Pero sed franco conmigo:

sin ser el Rey, no habrá en Soria quien tenga de vos memoria

y os pueda ser enemigo?... *(Pausa.)*

Si le hubiese, y si taimado,

sin que el Rey cómplice fuera,

un lazo vil os tendiera

en que os viérais enredado,

y después se disculpára,

diciendo que al seductor

mató, no al embajador

del conde de Trastámara,

quién el error desharia

dé si habeis aquí llegado

para asuntos del Estado,

ó si el amor os traía?...

(Agenor suspira. Un momento de pausa.)

Comprendeis ya mi razón?...

Pues bien, si yo desviára

el puñal que os amagára

el pecho en esta ocasión...?

AGENOR.

Os debiera mi existir,

pero no os lo agradeciera;

que es la muerte lisonjera

cuando es amargo el vivir.

MARÍA.

Os pesa la vida?...

AGENOR.

Mucho.

MARÍA.

Por algún disgusto grave?...

AGENOR.

Eso, solo Dios lo sabe!...

MARÍA.

Y tal vez yo...?

AGENOR.

Vos?... Qué escucho!...

MARÍA.

Sé la causa en realidad

de ese profundo dolor.

AGENOR.

Cuál es la causa?...

MARÍA.

El amor.

AGENOR.

De quién?...

MARÍA.

De aquella beldad.

(Descorre la cortina que cubre la reja.)

Miradla en campo de flores
en su hamaca purpurina,
columpiarse, cual divina
virgen de castos amores.

AGENOR. Oh! Sí, sí; teneis razon;
esa es la bella que adoro!...

Allí está el rico tesoro
que busca mi corazon.

MARÍA. Muy cerca la estais mirando,
y muy lejos puede estar;
que al sol no es fácil llegar,
aunque nos esté abrasando.

AGENOR. Os burlais de mi esperanza?...

MARÍA. No; que en el mundo, cercano
se vé el bien, y nuestra mano
á tocarle nunca alcanza.

AGENOR. Ah! Sí! .. La guardan; la espían!

MARÍA. La cierran dobles candados,
y sus guardas avanzados
de otros guardas no se fian.

AGENOR. Oh! Si mi Zoraida amada
me viese al menos...

MARÍA. Locura!...

acaso así se os figura
ver vuestra ambicion colmada?...

Para ese deseo ardiente,
tengo yo mejor remedio.

AGENOR. Mandad, disponed el medio;
yo le seguiré obediente.

MARÍA. A D. Pedro entregó Ab-del
las llaves de esa mansion.

AGENOR. A D. Pedro!... Maldicion!...

MARÍA. Mas yo se las quité á él.

Ahora, con su consejero
ha salido á revistar
las tropas, y han de tardar
un hora, segun infiero.

Si quereis tener la gloria
de ser de Zoraida dueño,
persuadidla con empeño
á que huya con vos de Soria.

Una hora, ya lo oís;
para arreglar la partida,
en estando decidida,
os abro senda, y partís.

(Agenor se arrodilla.)

AGENOR. Pedid mi vida, señora,
si algo vale para vos;

porque es la mano de Dios
vuestra mano bienhechora.

MARÍA. Gracias, Agenor; guardad
la vida, que no podeis

ofrecer lo que debeis
á vuestra amada beldad.

Ya se hunde el sol macilento,
sin sus rayos de escarlata;

cuidad que el astro de plata
no os halle en este aposento.

Una hora!...

AGENOR. Lo escuché.

MARÍA. Ojo avizor con el moro!...

AGENOR. Me llevaré mi tesoro.

MARÍA. (Yo tranquila quedaré.)

(Doña Maria se va por la puerta izquierda; Agenor se
acerca á la reja por donde vió á Zoraida.)

ESCENA IV.

AGENOR.

Allí, cual ninfa divina,

velada, en tul trasparente,
aromas la dá el ambiente,
en su hamaca purpurina.
Allí está la que domina
las alas de mi razon;
la que enciende la pasion
en mi pecho enamorado,
y en un volcan ha encerrado
este pobre corazon.

(Mirando con mucha ansiedad)

Ya llega; y sus tiernos brazos

la tiende doña Maria!...

Y la dulce prenda mia

la acoge en amantes lazos!

Mi pecho se hace pedazos,

de impaciencia... Andad!... Andad!...

Vuestro paso apresurad!...

Se detienen?... Sí; á mirarme!...

Zoraida, ven á abrazarme;

que me mata la ansiedad!...

(Se separa de la reja.)

Mi espíritu desfallece,
que tambien daña el content!...

Alma mia, toma aliento,
y crece en tu fuerza, crece.

Bien el descanso merece
alma que dá tanto brio;

que aunque en tu valor confio,
abuso de tu valor...

(Va á reclinarse en un sillón, y oye la voz de Zoraida,
que grita dentro la mitad del verso; entonces corre
á recibirla á la puerta de la izquierda, abrazándose
los dos con entusiasmo)

ZORAIDA. Dueño mio! .. Mi Agenor!...

AGENOR. Mi Zoraida! .. Dueño mio! ..

(Empieza á anocheecer.)

ESCENA V.

AGENOR, ZORAIDA.

ZORAIDA. Di que no es sueño el placer
que disfruto en este instante;

que mi razon delirante
no me hace un fantasma ver:

que eres, Agenor, mi amantel...

(Agenor se arrodilla.)

AGENOR. Tu amante, tu esclavo, si,
está á tus plantas postrado;

que de mi suerte apiadado,
te creó Dios para mí,

ángel bello idolatrado!

ZORAIDA. No con la rodilla en tierra
tú, dueño mio y señor,

me recibas; Agenor,
aquí tu imágen se encierra,

y aquí te llama el amor. (Se abrazan.)

AGENOR. Oh! Si eternos estos lazos
pudiéramos estrechar!...

ZORAIDA. Quién los vendrá á desatar?...

Quién, de mis amantes brazos
te ha de poder arrancar!...

No; nadiel... Por siempre unida
desde hoy irá nuestra suerte...

Antes morir que perderte;
que lejos de ti, mi vida

fuera prolongada muerte.
Déjame, que embriagada
en éstasis de placer,
el alma vuelva á su ser,
que al fuego de tu mirada

la siento en mí renacer.
En este instante, bien mio,
acreces, contra la ley
que oprime nuestro albedrío,
mi amoroso desvarío
en el Alcázar del Rey.

AGENOR. Zoraida, ya no me arredro;
que oyéndote hablar así,
ni el odio de Ab-del-Motri
ni la pasión de D. Pedro
te separaran de mí.
Venga ese altivo león
unido al fiero homicida...
Mi espada, nunca vencida,
les herirá el corazón,
aunque me cueste la vida.

ZORAIDA. Tú morir! . Tú, tú, mi gloria!...
No; que de Ab-del la cuchilla
cede á mi vista, y se humilla,
y aun puede salvarte en Soria
la que te salvó en Sevilla.
Celos te ha podido dar
del Rey la torpe pasión,
cuando es tu amor mi anhelar,
y hallo estrecho el corazón
para poderle llenar!...
Tuya soy, tuya es mi suerte:
no te apartarán de mí!

AGENOR. Siempre mia!...

ZORAIDA. Siempre, sí;
que solo podrá la muerte
separarme ya de ti

AGENOR. Pues selle nuestra pasión
tu juramento estedia,
abjurando tu fé impía
y amando la religión
que adora la raza mia.
Unidos así los dos,
nadie podrá separarnos;
que bien podremos amarnos
si amamos al mismo Dios
que puede juntos salvarnos.

ZORAIDA. Siendo todo mi amor tuyo,
á tu Dios el alma doy;
que si yo tu esclava soy,
y tú eres esclavo suyo,
soy su esclava desde hoy. *(Se arrodilla.)*
Escucha, Dios de Agenor!...
yo hago desde este momento
el solemne juramento
de ser tu esclava mejor
y acatar tu mandamiento.
(Agenor se arrodilla.)

AGENOR. Yo, Dios del pueblo cristiano,
que á tu la convertí,
la doy, Señor, ante tí
de fiel esposo la mano...
La aceptas, Zoraida?...

ZORAIDA. Sí!

(Se dan las manos. Al mismo tiempo, se oyen por el lado izquierdo algunos sonidos de una guzla. Este aviso les hace levantarse con sobresalto despues que han escuchado cortos momentos.)

Agenor, aprisa, aprisa!...
Huyamos al punto, huyamos!...
Con los ecos que escuchamos,
la Padilla nos avisa
el gran peligro en que estamos.
La Padilla! .. *(Tomando su espada)*
SÍ; que en vela,

en los altos corredores,
de nuestros perseguidores
fué celosa centinera,
guardando nuestros amores.
(Se repite la música.)
Otra vez!...

AGENOR. Mas de qué modo
preparamos nuestra huida?...
(Zoraida señala á la puerta izquierda.)

ZORAIDA. Por aquí; que prevenida
la que lo ha dispuesto todo
tiene ya nuestra salida.
(Por el foro se oye á lo lejos marcha marcial de clarinetes, ó música militar de la época.)

AGENOR. Los marciales instrumentos
se oyen en ecos distantes...

ZORAIDA. No perdamos los instantes!...
(Van á salir precipitadamente por la puerta izquierda, y doña María les detiene. Saca un candelabro con luces.)

ESCENA VI.

ZORAIDA, AGENOR, DOÑA MARÍA.

MARÍA. Ya perdisteis los momentos
mejores, ciegos amantes!...
Ya es tarde; que Ab-del-Motri
á su Rey se ha adelantado;
en el Alcázar ha entrado,
Zoraida, y con frenesí
os busca desesperado.

AGENOR. Venga, si se atreve, aquí:
conmigo tengo mi acero;
y si lidiando no muero,
saldrás delante de mí,
á pesar del mundo entero.

MARÍA. Tratad, señor, de vivir,
antes que trance mas duro
nos ponga en mayor apuro...
Por allí podreis salir
del Rey mostrando el seguro;
y en logrando la salida,
huid de Soria, señor;
que os quedo con rometida
á volveros vuestro amor,
aunque me cueste la vida.

ZORAIDA. Partir él!... Quedarme yo!...
Romper los recientes lazos
que me han unido á sus brazos
y que el cielo consagró;
primero me harán pedazos!

MARÍA. Si sois desgraciada vos,
reparad, Zoraida, en mí;
yo, que rival os temí,
y aun os suplico por Dios
que no os separeis de aquí!

AGENOR. Zoraida, adios!...

ZORAIDA. Imposible!...

AGENOR. Tu despedida me aterra!...
Pronto empezará la guerra
y aquí volveré invencible,
conquistador de esta tierra.
(Se oye la marcha marcial de música guerrera, mucho mas cercana que se oyó anteriormente, y se va acercando progresivamente, sin cesar, hasta la conclusion del acto.)

MARÍA. Oid, oid los sonidos
de bélicos escuadrones;
no, mecido en ilusiones,
creais que aquí están dormidos
los castellanos leones.

D. Pedro llega á palacio
y le debo recibir;
si apreciáis vuestro existir,
no os mostreis, señor, reácio;
no os descuideis en huir.

AGENOR. Ya os obedezco!...

ZORAIDA. Agenor!...

AGENOR. Tras de tí se vá mi vida!...

MARÍA. Apresuraos, señor...

AGENOR. Adios, Zoraida querida! *(Se abrazan.)*

ZORAIDA. No, no: la muerte primero
que tu ausencia dolorosa!

MARÍA. Fiad en mí vuestra esposa.

VENID, amiga...

(Doña María les ha separado. Agenor se va precipitadamente por la puerta derecha. Zoraida se desmaya en brazos de doña María.)

ZORAIDA. Yo muero!...

(Se oye el grito de Ab del-Motri por el interior de la puerta izquierda.)

AB-DEL. *(Dentro.)* Zoraida!

MARÍA. Suerte horrorosa!

(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

El teatro representa el salon de un castillo de arquitectura gótica, situado á siete leguas de Búrgos; tres puertas ojivales al fondo, y detrás de estas, y á una regular distancia, se ve una galería con ventanas de la misma época, abiertas y dejando ver por ellas las copas de los árboles del jardin, que figura estar debajo. Al lado derecho, en primer término, puerta secreta que conduce á la habitacion del Rey. En segundo término otra puerta, y otra al lado izquierdo. —La habitacion debe aparecer en desórden: las colgaduras en el suelo. Algunos espejos de la época descolgados; jarrones, pebeteros, candelabros y algunos otros muebles. Los esclavos árabes y algunos pajes cristianos van trasladando estos objetos, segun indicacion de sus jefes, pero todos se van por la puerta segunda de la derecha. —Queda ornada la estancia con alfombra, un divan, y al lado una mesa. Al lado opuesto de la mesa, y junto al divan, dos almohadones.

ESCENA PRIMERA.

FARFAN, D. TELLO, HISEM, OLIVERIO, pajes y esclavos castellanos, esclavos árabes.

FARFAN. Conducid estos objetos á la habitacion del Rey.

HISEM. Estos, al punto, vosotros, al gabinete de Ab-del.

(Los sirvientes acaban de llevarse todos los objetos indicados, y Farfan echa una mirada por la escena.)

FARFAN. Pobre mansion de placeres!... quién te ha visto, y quién te vé!

D. TELLO. Cuando cae un favorito, forzoso es que ha de caer cuanto sirvió á su regalo; ya es muy antigua esa ley, y vale mas no subir, que verse en tierra despues.

FARFAN. Pero es que doña María aun no ha caido; y tal vez, como es astuta y hermosa, no pierda el amor del Rey.

D. TELLO. Es lo cierto, que D. Pedro, variando de proceder,

viene al castillo sin ella, que en Búrgos llora el desden.

FARFAN. En fin, muy pronto su alteza llegará, y hemos de ver si erige otro nuevo altar, y quién el ídolo es...

Aquí llegaron rumores de que era una bella infiel la que...

D. TELLO. Silencio, Farfan! *(Mirando con desconfianza á Hísem.)*

FARFAN. Sello mis labios, y amen.

Ya que todo está arreglado, y acompañarme debeis hasta que llegue su alteza, dispensadme la mercé de contarme con detalles la batalla que dió al Rey tanto triunfo en Navarrete, como deshonor al francés.

D. TELLO. No fuera malo, Farfan, que nos dierais de beber, y así se unieran las glorias de Navarrete y Jerez.

FARFAN. Al momento. *(Se va por la puerta derecha, y sale á poco con botellas y vasos.)*

OLIVERIO. Bien, Farfan!

D. TELLO. Dejáras de ser inglés si no aprobáras... Y tú?... *(á Hísem.)*

HISEM. Yo no bebo... fumaré. *(Saca una pipa, y la enciende.)*

FARFAN *(saliendo.)* Ea, señores, bebamos, brindando por nuestro rey, y por los que en Navarrete supieron lidiar tan bien.

(Llenan los vasos, los chocan, y beben los tres.)

Sentarse, y hablar ahora... *(Se sientan y cullan todos.)*

Quién empieza?

OLIVERIO. Que hable Hísem.

HISEM. Cuando fumo yo, no hablo.

FARFAN. Pues que hable Tello.

D. TELLO. Hablaré.

Quién rehusa relatar jornada de tanta prez, donde con sangre francesa bañó D. Pedro su arnés, donde á su hermano D. Sancho hizo á sus plantas poner, donde el príncipe de Gales aprisionó á Duguesclén, que á no tener tal alcaide, muriera á manos del rey?

HISEM. Al fin, extranjero es uno, y otro extranjero tambien.

OLIVERIO. Y tú, moro, de dónde eres?

HISEM. Yo?... De España.

OLIVERIO. Pero infiel.

D. TELLO. Ea, no armemos camorra, y escuchad...

FARFAN. Antes bebed...

D. TELLO. Brindemos por Navarrete con la gloria de Jerez.

FARFAN. Brindemos, que poco tiempo nos queda para el placer.

(Llenan los vasos, chocan y brindan.)

D. TELLO. Por el triunfo de Castilla que alcanzó lidiando...

(Tres puntos de clarín, en el interior del castillo, le anuncia la llegada de D. Pedro.)

Todos. El Rey!
(Beben, y salen todos, menos Farfan, por el foro á su izquierda. Dos escuderos salen por la puerta segunda izquierda, y á indicacion de Farfan, se llevan las botellas y vasos. Farfan espera en el foro, hasta la entrada del Rey.)

ESCENA II.

D. PEDRO, AB-DEL-MOTRÍ, FARFAN, TELLO, OLIVERIO, HISEM, pajes, capitanes y guardias.

(D. Pedro se sienta; Ab-del-Motri se coloca á su lado en pié.)

PED. Retiraos, mis pajes y mis guardias; y tú, Ab-del, permanece al lado mio. Cuida, Farfan, de que descanso encuentren, abriendo á su placer todo el castillo.

(Todos, menos Ab-del, saludan, y se van por donde salieron)

ESCENA III.

D. PEDRO, AB-DEL.

PED. Ya dejamos de Búrgos los festines, preparados por tí para mi alivio: ya estamos en el campo; pero el alma siente desfallecida su vacío.

AB. Veo con sentimiento la tristeza que os aqueja, señor, más no el motivo. Mucho ore nos dá Córdoba, y Sevilla doce mil hombres de brillante equipo. Ganamos dos provincias; y si á España vuelve el usurpador, en un castillo, de espantajo poniendo su cabeza, ahuyentará de la traicion los tiros.

PED. Tú dispondrás, con tu prudencia sabia, cuanto acreciente el bien de mis dominios; y en los árduos negocios del Estado concede tregua á tu infeliz amigo.

AB. Infeliz, es verdad!... Ahora conozco que padeceis, señor, hondo martirio!... Ya del oro la voz no os embelesa; os disgusta del cetro el poderío; no atendeis al placer de la venganza; ni una tierna mirada de cariño para vuestra querida os ha quedado... ni aborreceis, ni amais... no sois el mismo.

PED. Quizá no la ame ya, y esta es la causa de que se sienta indiferente y frio el corazón, que sin pasiones muere cuando en fuertes pasiones ha vivido.

AB. Las pasiones, señor, son como el aire que se encierra en los hodres; y asimismo, fuerza tomando en comprimida valla, brotan despues en huracan altivo.

PED. Es cierto, Ab-del, que lleno de deseos, siento, doliente, el corazón henchido.

AB. Amais, entonces?...

PED. Sí: creo que amo.

AB. A Zoraida?

PED. A Zoraida.

AB. Comprendido...

A la hija de un monarca poderoso!...

A un tiempo os compadezco y os envidio.

PED. Digna de compasion es mi desgracia!

AB. O de envidia, tal vez, seais más digno.

PED. Zoraida no me ama.

AB. A la pureza

de su sangre no fuera permitido abatirse y ceder por las pasiones

que otra mujer comun doble su brío. No; no sirve Zoraida, ciertamente, para el harem de un rey antojadizo, que no abren su capullo ciertas flores más que en la cumbre de elevado risco. Zoraida es una reina, y su sonrisa no asomará jamás al labio altivo, hasta que ocupe, en elevado trono, asiento régio, de su estirpe digno.

PED. En el trono su asiento!... Qué dirían los cristianos, si con lazo impío, el sòlio de Castilla profanára una reina que adora el paganismo!...

AB. Y quién dice que un dia, enamorada, no os hiciera Zoraida el sacrificio de su Dios y su ley, despues que el alma su tesoro de amor haya rendido?

PED. Ella que huye de mí!...

AB. Mas ingenioso para estudiar el femenil capricho os juzgaba, señor!... La raza mora reconcentra y penetra con más tino. Cómo quereis que la que, diosa altiva, cree un mundo á sus pies siempre rendido, ame ostensiblemente al hombre esclavo que otra mujer sujeta á su albedrío?...

PED. Zoraida está celosa, por ventura?...

AB. Lanza la tortolilla su quejido, celosa, entre nosotros; la pantera, á la pantera, con terrible brío se abalanza, destroza y martiriza, ante el tigre que celos ha infundido. Celos de Arabia son tormentos fieros, y al árabe ese mal persigue impío.

PED. No amé jamás como á Zoraida adoro!

AB. Casaos con ella.

PED. María..

AB. Os trae remisó!... Separadla de vos. A vuestra esposa ya cedisteis un dia en sacrificio, y hoy su gastado amor, que ya no impera, que al corazón no impele en su latido, temeis trocar por el amor más bello que en sus galas el mundo ha conocido?

PED. Tienes razon; pero ella moriria si yo la retirase mi cariño.

AB. Tanto os ama, señor?...

PED. Puedes dudarlo?...

AB. Permitidme dudar...

PED. Cállate, impío!

En pecho femenil, amor tan grande ni puede hallarse ya, ni habrá existido.

AB. (Aun la profesa amor; no despertemos al orgullo y los celos un motivo que le diera razon á preferirla á todas las mujeres). Os he dicho que dudo de su amor, no porque crea que infiel doña María os haya sido... Ni yo pudiera suponer tal crimen; que si á la duda de su amor me inclino, es porque al verse hoy menospreciada, desdeñes sufre de su régio amigo, y persiste en vivir á vuestro lado viendo impasible vuestro rostro esquivo.

PED. Y no es de amor y abnegacion la prueba?

AB. De ambicion puede ser, y de egoismo.

PED. Tú á esa mujer, Ab-del, desecharías?...

AB. Siendo Zoraida el cambio prometido...

PED. Oh! no!... jamás!

AB. Sufrid, pues lo quereis.

PED. Piensas que á tal sentencia me resigno?...
No creí, moro, que valor tuvieras para decir al Rey: sufre el martirio; antes que apresurado y respetuoso le dijeras: Señor, os daré alivio.

AB. A costa del honor de la hija bella de aquel que fué señor y dueño mio, no dócil me hallareis, Rey de Castilla, aunque me deis la muerte por castigo.

PED. Y no sabes, infiel, que el Rey D. Pedro nunca obstáculos halla á su capricho?...

AB. Sé tambien, gran señor, que sois prudente, y apelo á la razon de vuestro juicio. Zoraida es inocente, candorosa; si os ve de la Padilla desunido, y de esposo la hacéis el juramento, os fiará amorosa su destino.

PED. Tú lo aseguras?

AB. Lo aseguro, señor.

PED. Pues yo á mi vez, aunque á Maria estimo, juro el lazo romper que á ella me liga, y tanto tiempo mi ilusion ha sido.

AB. Ahora os toca imponer las condiciones.

PED. De escudos un millon en donativo, y que vaya á fijar su residencia al pais por su gusto preferido.

AB. Muy bien!... Más rica y respetada otra princesa no hallará, lo afirmo. No de otro modo obrar le corresponde con una dama á un príncipe magnifico. Pero fuera de España, por supuesto, fijará esa señora el domicilio?...

PED. Es condicion precisa?...

AB. Indispensable.

El mar entre el amor nuevo y antiguo; sino Zoraida temblará insegura.

PED. Alcese entre las dos el mar altivo. Zoraida es mia: su rehen reclamo.

AB. Nada más que esa prenda?... Parco ha sido mi rey en la eleccion...

PED. Necio, no sabes que el amor de Zoraida necesito?... Que la pasion que siento me devora; que no me han detener respetos nimios; que el soberbio leon, cuando está hambriento, valladares no encuentra á su apetito?... Si á Zoraida me niegas, no conoces que á tu pesar, la tomaré yo mismo?... Que si muestras enojo en el semblante, concederé á mi pueblo el regocijo de verte ahorcar, y alegre y satisfecho, irá á reir al pié de tu suplicio?...

AB. Cierto, señor; pero despues de ahorcado, doña Maria velará en su auxilio.

PED. Tenga yo hambre de amor, y ella recuerde de Blanca de Borbon el esterminio.

AB. Loco será quien ante vuestra cólera humilde no se postre... Habeis vencido.

PED. Me darás á Zoraida?

AB. Qué, negarla puede un mísero esclavo á su albedrio?... Vuestra será; pero, señor, presente tened desde ahora mi consejo amigo: alejad á Maria y sus parciales, que son vuestros contrarios mas temidos; desvaneced escrúpulos que anida de mi Zoraida el corazon sencillo, que, antes, si no, de que seais su dueño ha de sentir de su puñal el filo.

PED. Cómo tengo de obrar?... De qué manera?...

AB. Fiad, don Pedro, en mí, que bien os sirvo.

Doña Maria, en Búrgos, confiada, no supone á Zoraida en este sitio.

PED. Zoraida aquí!... Dónde?... Me engañas?...

AB. A mi impaciencia añades incentivos?...

AB. Reportaos, señor, si no ha llegado, muy pronto llegará

PED. Feliz destino!..r

AB. Cuándo?... Cuándo?...

AB. Esta noche

PED. De Búrgos no descansa en su retiro?...

AB. A esta hora, puede que en veloz carrera venga ya caminando á este castillo. Hay siete escasas leguas, y en tres horas el árabe alazan cruza el camino.

PED. Y de buen grado viene presurosa Zoraida, á acompañarme en este sitio?

AB. Vendrá... y es lo bastante... nada importa que su trazada senda haya perdido... Nada importa que, frágil ó indiscreta, de su rival siguiendo los designios, á Francia se dirija, de mí huyendo, cuando su guia está á mi voz sumiso. Pobres mujeres!... Lástima merecen!... Amor y celos les fascina el juicio, sin preveer que el pensamiento suyo, al brotar en su mente, yo adivino.

PED. Esplicate, por Dios!

AB. Esplicacion mas clara verá su alteza en este pergamino, del criminal ardid de vuestra dama. (Le dá un pergamino, que D. Pedro lee con avides.)

PED. (leyendo) «Caballero Agenor; aquí vivimos, »la mia y vuestra amiga, vigiladas; »ahora que libre tengo algun respiro, »con gusto, y á su ruego, estos renglones, »que en vuestra mano entregará un amigo, »para enteraros del proyecto nuestro, »de la amistad en nombre, hoy os escribo. »A Riánzares corred, pequeño pueblo »entre Francia y España fronterizo, »y cuando sepá ya vuestra llegada »por el fiel mensajero que os envío, »dispondré de Zoraida la partida, »y en alas llegará de su cariño. »Guardad vuestro tesoro vigilante, »y mandad desde el plácido retiro »las bendiciones que, labrando dichas, »Maria de Padilla ha merecido »

(Despues de observar)

No es letra de Maria...

AB. Pero es copia que del original tomé yo mismo, que esa dama escribió.

PED. Cierto?...

AB. Ciertísimo.

Ved la contestacion del caballero á quien con tal bondad ha protegido (Le entrega otro pergamino, que lee el Rey.)

PED. «Agradezco, señora, los favores »de que colinais á vuestro buen amigo, »y desde hoy en un mes, hora por hora, »juro esperar en Riánzares tranquilo. »No abandono mi acero, porque gloria »conquistando con él, seré más digno »de la mujer que adoro; pero á España »no volveré en las lides á esgrimirlo, »si vos no lo exigis, ó si á Zoraida »no lograse mirarme reunido; »que en caso tan fatal, iria al punto »en busca suya, hasta el infierno mismo.

»Con Agenor de Mauleon, señora,
»contad por siempre como fiel amigo.»
(Representa.) Cómo estos pliegos recoger pudiste?

AB. Porque yo á todos con cautela espío;
y de doña María el confidente
un árabe muy fiel llevé consigo...
que despues volvió solo, porque al otro...
le mató... no sé quién, en el camino.
Así les pude ver, y así llegaron
luego á sus dueños, por mandato mio,
tomando copias que hoy os patentizan
de esta trama sagaz todos los hilos.

PED. El dia siete se escribió este pliego,
y ya el plazo espiró...

AB. Vivid tranquilo,
que volará inocente la paloma,
su senda perderá, y en este nido
reposará feliz y satisfecha.

En tanto, en el plácido retiro,
libre de su rival, doña María
descansa de los celos que ha sufrido

PED. Pero Zoraida á ese francés conoce;
le ama, le busca, arrostra los peligros
por llegar á su lado; y la pintabas
de pureza y candor raro prodigio!

AB. De pureza y candor es un modelo:
limpia de mancha, como el blanco armiño,
el alma de Zoraida se mantiene,
por más que atente á su virtud el vicio.

PED. Pero Zoraida, de otro amor herida,
nunca podrá pagar el amor mio.

AB. Halagos y promesas, y ocasiones,
rinden el corazón endurecido.

PED. La mitad de mi reino á tus afanes
ofrezco dar, si tanto bien consigo.

AB. Jamás podreis tan grande recompensa
con más justicia dar á mis servicios.

(Sale un oficial castellano por el foro derecha; al ver
al rey se detiene.)

ESCENA IV.

D. PEDRO, AB-DEL, un oficial.

OF. Señor!... (Cielos, el Rey!...) No sé si debo ...

PED. Hablad!

AB. Seguid; no esteis remiso.

OF. La mision que os dignásteis confiarme,
del modo que ordenásteis se ha cumplido.
En poder nuestro se halla ya la dama.

AB. Que entre inmediatamente en el castillo.
(Se va el oficial.)

ESCENA V.

DON PEDRO, AB-DEL.

PED. Es mi Zoraida, Ab-del?

AB. Quién ser pudiera?...

PED. Oh! que sumo placer!... Gracias, Dios mio!...
Esta es la vez primera de mi vida
que entre miedo y placer, tiemblo y respiro!

AB. Tranquilizad el corazón vehemente:
disponed á oír quejas vuestro oido...
la indignacion revelará en sus ojos,
y calmarla, señor, será preciso.

Todo lo vence el tiempo y la constancia;
que es vuestra os dije ya, y os lo repito.

(Suena un clarín, dando la señal de recepcion en el
castillo. Los dos corren á las ventanas del foro en
la galería.)

PED. Ya llega! Quiero verla!... Es ella!... Es ella!...

Quién puede ya arrancarla á mi dominio!
(Vuelven á entrar en el salon, y se quedan al dintel
de las puertas del foro, para recibir á la que espe-
ran. Por la derecha del foro sale Zoraida, asida de
la mano de doña María, que viene cubierta con un
largo manto. Cuatro oficiales que las siguen, se
quedan en la parte exterior, y se retiran luego que
han entrado las damas.)

ESCENA VI.

D. PEDRO, AB-DEL, ZORAIDA y DOÑA MARÍA.

PED. Zoraida bella, perdonad, os ruego,
si enfadosa sorpresa os ha afligido.
Permitidme que os dé la bienvenida,
y el saludo admitid de vuestro amigo.

(Doña María se echa atrás el manto, descubriendo el
rostro.)

MAR. Y no merezco yo que me salude
un caballero, á damas tan cumplido?

PED. María!...

AB. (La Padilla!... Oh! el infierno
nos trae esta mujer, para martirio!)
(Pausa.)

MAR. Hablad, señor!... O nos negais acaso
un hospedaje de nosotras digno?...
A unas damas errantes no concede
el Rey don Pedro, generoso asilo?

PED. (Con sarcástico tono me avergüenza,
y estoy en su presencia confundido!)
Sigueme, Ab-del.
(Se va por la puerta segunda de la derecha.)

AB. (Ella ha olvidado
que su astucia sagaz mide conmigo.)

(Sigue á D. Pedro.)

(Zoraida se echa en brazos de doña María, y ambas,
abrazadas, volviendo la vista y fijando el oido hácia
el sitio por donde fueron D. Pedro y Ab-del, perman-
necen los cortos momentos que se necesitan para
perder el ruido de sus pasos.)

ESCENA VII.

ZORAIDA, DOÑA MARÍA.

ZORAIDA. No me abandoneis, señora!

MARÍA. Nada temas, hija mia,
que desde hoy doña María
es tu madre y protectora.

Aun tengo poder bastante
para frustrar los intentos
de esos dos lobos hambrientos,
que huyen al ver mi semblante.

Nunca la traicion es fuerte,
ni se humilla la nobleza;

yo, con teson y firmeza,
velaré aquí por tu suerte.

ZORAIDA. Y la vuestra no os apura?

MARÍA. Pues quién tan osado fuera
que contra mí se atreviera?...
Nadie; nadie: estoy segura.

(Farfan sale por la puerta derecha, y saluda con res-
peto.)

ESCENA VIII.

DOÑA MARÍA, ZORAIDA, FARFAN.

FARFAN. Señoras!... pido perdon...

MARÍA. Qué el buen Farfan nos reclama?...

FARFAN. Rogar á esa noble dama,
me siga á su habitacion.

(Zoraida se abraza á doña Maria.)
ZORAIDA. (Señora!...)
MARÍA. (Confía en mí.)
(Doña Maria pasa delante de Zoraida, y esta va á sentarse en los almohadones que están junto al divan. Acaba de anocheecer.)

Decid al que os ha enviado, que ambas hemos acordado quedarnos juntas aquí. Que, aunque está desalojada de su antigua ostentacion, tengo ley á esta mansion, y que á las dos nos agrada. Y ya que aquí no hay ahora cien cortesanos, como antes, siempre á servirme aspirantes, vos lo hareis.

FARFAN. Mandad, señoría.

MARÍA. Mi vajilla necesito.

FARFAN. Como á pasar temporada no vino el rey, aquí nada trajeron... Siento infinito!

MARÍA. Pero un rey hospitalario, como don Pedro, en su casa no querrá ponernos tasa.

FARFAN. Mande vuestra señoría, que, lo mismo que antes, hoy un criado vuestro soy.

MARÍA. Farfan, refrescar quería.

FARFAN. Os voy al punto á servir.

MARÍA. Y traedme, de camino, una hoja de pergamino y recado de escribir.
(Farfan saluda, y se va.)

ESCENA IX.

Doña Maria, Zoraida.

MARÍA. Dónde están tus servidores!... Dónde tus damas y pajes; y entre floridos ramajes tus músicos y cantores!... Donde el rey batallador viene á poner á tus piés su fuerte y brillante arnés de la guerra triunfador!... Aquí reinaba el placer, la riqueza y la hermosura; y hoy sola, mezquina, oscura, la alegre mansion de ayer!... Una débil esperanza alimenta el alma mia; cuando ya no me sonria, me animará la venganza.
(Sale Farfan con dos bujias, que coloca sobre la mesa. Detrás dos esclavos, el uno con dos fuentes de plata que contienen frutas en dulce; otro, con dos copas del mismo metal y dos botellus, una con vino y otra con agua. Los esclavos se van en cuanto dejan los efectos que han traído.)

ESCENA X.

Zoraida, Doña Maria, Farfan.

FARFAN. Manda mas vuesa señoría?

MARÍA. La mitad se os ha olvidado, de lo que antes he mandado. Dónde está la escribana?

FARFAN. Perdonadme... no es olvido... pero el canciller no está,

y el pergamino tendrá en el cofre real metido.
MARÍA. Comprendo!... Gracias, Farfan: cumpliste tu obligación... vete... (Sufre, corazon, los desdenes que te dan!)
(Farfan saluda, y se va.)

ESCENA XI.

Doña Maria, Zoraida.

MARÍA. Huyes de mí?...
(Zoraida se levanta, y corre hácia su amiga.)

ZORAIDA. Ah!... no señora!...

Mandadme, doña Maria.

MARÍA. Llena una copa, hija mia: tengo sed abrasadora.

(Doña Maria se sienta en el divan, cerca de la mesa. Zoraida llena una copa de vino, se la dá, y doña Maria bebe maquinalmente.)

ZORAIDA. Con mucho gusto... bebed.

MARÍA. Agua!... agua, por Dios, te ruego; que este vino aumenta el fuego, lejos de aplacar la sed.

(Zoraida llena una copa de agua y se la ofrece. Doña Maria, despues de beber, se levanta.)

Oh!... yo pierdo el tiempo aquí...

quiero al Rey la confesion

arrancar de su traicion,

ó hacerle volver en sí.

Zoraida; tú, pura y bella,

que en tu cándida mirada

deja el alma retratada

cuanto hay recatado en ella,

responde, compadecida,

á esta infelice mujer...

¿has llegado á comprender

el orgullo, en esta vida?

Has tenido vanidad?...

La ambicion te ha fascinado?

Has, por desgracia, envidiado

mi dicha y prosperidad?...

De tu palabra, pendiente

está ahora mi destino...

De ese encuentro repentino

eres, Zoraida, inocente?...

Dime; no lo sospechabas?...

A ese Hafiz no conocias?...

No te dije, no sabias

que á este sitio caminabas?...

ZORAIDA. Será posible, señora,

que vos abrigueis tal duda?...

La que mi pasion escuda!...

Mi amiga!... Mi protectoral...

Vos que llevarme queriais

á los brazos de mi amante,

que falte á mi fé constante,

por ambicion, creeriais?...

MARÍA. Ah! sí; tu inocente calma

mi fiera inquietud desecha...

No cabe tan vil sospecha

en la pureza del alma!

La mia en fiera tortura,

por combates mundanales,

siempre augura nuevos males;

nunca en el bien se asegura.

ZORAIDA. Yo no soy harto elocuente

para poder persuadiras...

yo no sé cómo deciras

lo que mi corazon siente.

Mas, juro por el Dios vivo
que a este mundo da la ley,
que no ha de vencer el Rey
este corazon álvivo.
Que desmaye no temais:
no faltará en el castillo
un acero, ó un anillo,
como ese que vos llevais.

(Doña Maria esconde la mano con rapidez entre los pliegues del manto.)

MARÍA. Como el mio!...

ZORAIDA. Os sorprendéis?...

Sé que vivís prevenida,
y qué perdereis la vida
si á vuestro dueño perdeis.
Si obráis así vos, señora,
que habeis nacido en España;
en mí este rasgo os estraña,
tan propio en la raza mora!...

No tendré menos valor:
decidida está mi suerte...
Para don Pedro mi muerte;
mi vida para Agenor.

MARÍA. Envidiable proceder!...
Si al amor propio atendiera,
tu noble ejemplo siguiera,
que así lo dicta el deber.

Sí: yo debiera morir,
viendo mi favor perdido;
porque se han desvanecido
mi gloria y mi porvenir...
Mas quien luego velaria
por la suerte de mi amante?...

Que, aunque ingrato é inconstante,
le adoro mas cada dia!
Quién su guarda habrá de ser?...

A dónde están sus amigos?...
Solo se ven enemigos
que le asedian por dó quier.

Tú, á ninguna seducción
cederás; tranquila estoy.

Mi afan será desde hoy
hacer frente á la traicion.

Ahora empieza mi campaña:
si Dios proteje mi plan,
antes del dia se harán

cambios que asombren á España.

ZORAIDA. Doña Maria, por Dios,
templad vuestro frenesí;

pensad que no tengo aquí
confianza mas que en vos.

MARÍA. Pensando estaba lo mismo;
que ya en la desgracia unidas,

en nuestras almas queridas
no puede haber egoismo.

Descansa; que al Rey veré,
y con sus propios colores,
los enemigos traidores

del trono le mostraré.

Le echaré en rostro la gloria
que logró de los contrarios,
porque amigos mercenarios

le alcanzaron la victoria.

Sabrás que los castellanos
huyen de él avergonzados,
por no mirarse mezclados

con guerreros mahometanos.

Entra en esa habitacion,
que yo pronto volveré.

ZORAIDA. Sola!... No... con vos iré!...

MARÍA. A ver al Rey!...

ZORAIDA. Ah!... Perdon!...

MARÍA. Tranquila, al sueño te entrega.

ZORAIDA. No hay sueño donde hay tormento!

MARÍA. Pues en tu recojimiento,

á Dios por mi triunfo ruega.

Si le alcanzo venturoso,

de aquí al punto partirás,

y segura volarás

á los brazos de tu esposo.

(Por una ventana de las que hay en la galeria del foro, aparece la cabeza de Hafiz, entre las ramas de los árboles. Escucha y observa con mucha atencion.)

ZORAIDA. Gracias; dejadme besar
vuestra mano bienhechora. (La besa.)

MARÍA. Adios, Zoraida. (La abraza)

ZORAIDA. Señora,

que Dios os haga triunfar.

(Doña Maria se va por la puerta segunda de la derecha, y Zoraida por la izquierda, que cierra tras de si. Hafiz entra cautelosamente en la escena; escucha primero por una y luego por la otra puerta, y en seguida vuelve á la ventana del foro. Ayuda á subir por ella á Ab-del-Motri.)

ESCENA XII.

AB-DEL-MOTRI, HAFIZ.

AB-DEL. Qué hay, Hafiz?...

HAFIZ. Doña Maria

á don Pedro corre á hablar,

y, segun pude escuchar,

siniestra intencion la guia.

Al árabe quiere mal,

y su esterminio ha jurado.

AB-DEL. Por qué, di, no has atajado

su paso con tu puñal?...

HAFIZ. Señor!... (humillándose.)

AB-DEL. Oh!... somos perdidos!...

El Rey ama á esa mujer,

y al fin le habrá de vencer,

si dá á su razon oidos.

HAFIZ. Ya no se puede impedir

que hable al Rey la altiva dama;

pero yo, por la ventana

su plática puedo oir.

(Observa por todas partes.)

A nadie en vela se vé;

bajo al patio, y diligente,

como rastrera serpiente,

la columna treparé.

AB-DEL. El Profeta te ha inspirado!...

Corre, Hafiz, corre al momento,

y no pierdas un acento ..

HAFIZ. Descuidad.

(Hafiz se va por donde entró. Ab-del queda satisfecho y mirando á la puerta por donde salió doña Maria dice.)

AB-DEL. Aun no has triunfado.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion, con todos los objetos del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

AB-DEL-MOTRI aparece sentado: se levanta, va al foro, y observa por la galeria. Vuelve á la puerta secreta y escucha cortos momentos.

AB. Mucho Hafiz se retarda!... La impaciencia no puedo resistir... Oh! Qué tormento!... El corazón me late con violencia, cual nuncio de fatal presentimiento. Temes, Ab del, tan débil enemigo?... Débil!... Oh!... No, que por la astucia es fuerte!... Si alejarla del Rey hoy no consigo, cierto es su triunfo y mi afrentosa muerte.
(Hafiz entra en la escena saltando por la galería del foro.)

ESCENA II.

AB-DEL, HAFIZ.

HAF. Señor, señor!...
AB. Hafiz!...
HAF. Esa cristiana de traidor os acusa ante su Alteza; denuncia de Zoraida acción liviana, y ha demandado al Rey vuestra cabeza.
AB. Livianidad en Zoraida!... Hados fatales! De qué su torpe lábio la ha acusado?...
HAF. «La ligan á Agenor lazos nupciales, »dijo al Rey, y su padre os ha engañado.» Pruebas pide D. Pedro enfurecido.
»Probar, señor, mi acusación me toca, »dice doña María; á vuestro oído »la confesión hará su propia boca.
»La hija del moro Ab-del, no de un rey moro, »como os fingió la intriga maliciosa, »por la que dais el nacional decoro, »es de Agenor de Mauleon esposa.
»Ab-del os vende: vuestro honor mancilla; »desmembra vuestro ejército cristiano; »fragua vuestra cadena, y en Castilla »quiere alzar el pendón Mahometano.» Ya llorosa, ya altiva, ya insinuante, consigue de D. Pedro ser creída; que á Zoraida á buscar vendrá al instante, y de su lábio pende vuestra vida.
AB. Yo evitaré su peligroso intento... Tú en el jardín, perenne centinela, el oído á mi voz tendrás atento, y con ojo avizor observa y vela.
(Hafiz saluda y se va por la misma ventana de la galería por donde entró)

ESCENA III.

AB-DEL, escucha; primero en la puerta secreta, y luego en la que da entrada á la habitación de Zoraida.

No temas, corazón: late sereno; muéstrate ahora, como siempre, fuerte...
(Saca un pomo y derrama el líquido que contiene, en la copa donde antes bebió doña María.)
Preparado en la copa está el veneno...
(Empuñando la daga.)
Preparada en mi daga está la muerte.
(Prestando oído á la puerta secreta.)
Oigo pasos!... Sí, sí; no hay duda, es ella... Astuta cortesana, verás luego si eclipsas tú mi bonancible estrella, ó al rayo de tu sol apago el fuego.
(Se oculta tras de las columnas del foro. Sale doña María por la puerta secreta, y se deja caer en el sillón que está junto á la mesa.)

ESCENA IV.

DOÑA MARÍA, AB-DEL, oculto.

MAR. Echada está la suerte, y me estremezco!...

Tendrá resolución la joven mora para decir al Rey, yo no os merezco, hay otro ser á quien mi pecho adora?... Si, la tendrá; confió en mi ascendiente sobre su corazón, y así, indignado, el Rey castigará por delincuente contra el honor del trono á su privado. Es fuerza terminar: arde mi frente; horrible fiebre el corazón devora!... Oh! Si apagar este volcan ardiente pudiera esta bebida bienhechora!
(Bebe de la copa en que Ab del derramó el líquido.)

Cómo siento el benéfico rocío mis venas refrescar, dando consuelo!...
(Se levanta y se siente desmayar.)
Oh Dios! Qué es esto!... Repentino frío me oprime el corazón... Mi sangre es hielo!... Esta mortal angustia!... No adivino... Oh! Sí: traición!... Traición! Estoy perdida!... Zoraida!... Amigos!...

(Discurre trabajosamente por la escena esforzando la voz. Ab-del sale precipitadamente, y asiéndola de un brazo, quiere obligarla á callar. Ella lucha por desasirse. Ab-del trata de taparla la boca con el pañuelo que la ha arrancado de la mano, y salen entrecortadas de los labios de doña María las últimas palabras. Ab-del, sin soltar á su víctima, apaga las luces.)

AB. Calla!...
MAR. Oh!... Asesino!...
AB. Tú quisiste jugar vida por vida.
MAR. Aquí, D. Pedro!... Guardias!... Ah!... Verdugo!...
(Cae exánime en el sillón.)
Yo muero!... Dios! Piedad!
(Zoraida sale precipitadamente de su habitación; pero vacila en la oscuridad, hasta que, discurrendo al azar, toca en el cuerpo de su amiga.)

ESCENA V.

AB-DEL, DOÑA MARÍA, ZORAIDA.

ZOR. Señora!...
AB. Es ella!...
(Zoraida toca á doña María, y en aquel momento, Ab-del la sujeta el brazo, la arranca el puñal que lleva en la cintura y la hiere con él en el hombro. Zoraida se desmaya y cae en tierra.)

ZOR. Doña María!... Ay!...
AB. A Alá le plugo; destino fué de mi maldita estrella.
(Ab-del busca la mano izquierda de doña María, abre el anillo que lleva en el dedo, figura derramar el veneno que encierra, y vuelve á cerrarle. En seguida pone atención; cree oír pasos por el interior de la puerta secreta y se va precipitadamente, sin olvidar que se halla oscura la escena, por la segunda puerta de la derecha. D. Pedro sale por la puerta secreta.)

ESCENA VI.

D. PEDRO, DOÑA MARÍA, ZORAIDA.

PED. Qué oscuridad!... Por Dios, que no esperaba encontrarlas tan pronto recogidas!... María prometió que en este sitio esta noche Zoraida me hablaría. Oh! Si su enlace criminal declara, mortal sentencia contra Ab-del fulmina. Yo no debo esperar; ya me devora la incertidumbre que mi pecho agita.
(Se dirige hácia la puerta de la izquierda, y á su paso)

trepieza con el sillón en que descansa el cuerpo de doña María. El Rey la toma una mano y toca después su frente.)

Qué es esto!... Ira de Dios!... Es un cadáver!...
Un rostro helado... Sí!... Cielos!... María!
(Se dirige á la puerta derecha, llamando con esforzada voz)

Guardias!... Ab-del!... Farfan!... Luces;
el Rey os llama; acudid!... Me ahoga la ira!...

ESCENA VII.

Los de la anterior, y AB-DEL, FARFAN, DON TELLO, OLIVERIO, HISEM. Pajes con luces. Guardias con los aceros en las manos.

AB. Sois vos, señor?...

VARIAS VOCES. El Rey!...
(D. Pedro toma una antorcha, se acerca al sillón de doña María y ve entonces á Zoraida)

PED. Por Jesucristo!...

Venid, mirad!... Oh! Suerte impia!...
Muerta también Zoraida!... Los infiernos
desatan su poder contra mi dicha!

AB. Muerta Zoraida!... Qué decís, D. Pedro!...

PED. Muertas las dos... Vil sarraceno, mira!
(D. Pedro, asiéndole del brazo, le empuja entre ambos cuerpos.)

AB. La Padilla!... Zoraida!... Alá me valga!
(Se arrodilla junto á Zoraida, y exclaman los cortesanos:)

CORTESANOS. Muertas!...

AB. (Mirando con rencor á doña María.)
Oh! Traición!... Mujer maldita!

PED. A quién llamas traidor, cuando tú solo
pudo aquí cometer tal villanía?...

AB. ¿Cusadme, señor; eso merece
quien, cual yo, por su Rey se sacrifica!...
Triste consuelo, al ver correr la sangre
del bello vástago de mi gran Califa!...
Yo el ofendido soy, quejarme debo,
y mi ahogado dolor aun os indigna!...

PED. Quejarte tú?... De qué?...

AB. De que estoy viendo
el horrible puñal con que homicida
el pecho hirió de mi Zoraida bella
la celosa y cruel doña María.
Vedle, señor; sangriento ante sus plantas
es el acusador de su perfidia;
y aun me parece ver que de sus manos
la crispatura cede y se desliza.

PED. Será cierto?... María!... No; imposible!
No ha muerto ella también?... Y no se pinta
la indignación en su semblante lívido!...
Quién la dió muerte?...

AB. Quereis que yo os lo diga!...
Yo, que en mi lecho reposando estaba;
que á vuestra voz despierto, y con gran prisa
corro hasta vos, y vuestro propio lábio
me dá el primero la fatal noticia!...

PED. Dios mío!... Qué recuerdo!...
(D. Pedro toma la mano de doña María, abre la sortija y la ve vacía.)

Desgraciada!...
El tósigo mortal de su sortija
heló su sangre; que su amor inmenso
sufrir no pudo la inconstancia mía.

AB. El orgullo y los celos la mataron:
no sin venganza; con feroz perfidia.

PED. Respeta ese cadáver, descreído,
ó tu lengua mordaz hará ceniza.

AB. Perdonadme, señor, ella ha deshecho

la mas bella esperanza de mi vida;
la perla de inocencia casta y pura
que en la mansión de Alá radiante brilla!

PED. Perro traidor, aun su candor ensaizas!
Pretendes engañarme todavía,
cuando sabes, cual yo, que su pureza
llevó su amante tras de sí hecha trizas!

AB. Zoraida deshonrada!... Atroz calumnia!...
Quién se atrevió á decir...?

PED. Quien no mentia:
la mujer que tu encono ya no teme;
la que me reveló tu torpe intriga.

AB. Qué extraño que emplease la calumnia
quien mata por vengarse, y se suicida?...

PED. No calumniaba, no, cuando invitaba
la falta á oír de la culpable misma.

AB. Mas cuando vió imposible que una mora
se deshonrase con atroz mentira,
mata inhumana, y orgullosa muere
primero que volver á vuestra vista.
Aun me acusáis, señor!... En holocausto
de la amante celosa y vengativa,
en aras de su amor, verted mi sangre,
premiad así mi lealtad sumisa!

(A los cortesanos.)

Y vosotros, señores, que testigos
sois de mi humillación y mi desdicha,
como en la lid lo fuisteis de mi arrojo,
la recompensa ved de mis fatigas.

(Se arrodilla y toma la mano de Zoraida.)

Tú, inocente paloma, que el Alcázar
del grande Alá, por tu virtud habitas,
recibe el llanto que del alma vierte
el que en el mundo te sirvió de egida!...
Es ilusión!... No... no!... Un prodigio!...
Un prodigio, señor; ella respira!...
Zoraida vive!...

PED. Vive!...

AB. Estoy cierto:

el pulso late; el corazón palpita.

PED. A un médico llamad; que venga al punto!

AB. Deteneos!... Señor, la raza mia
no consiente que manos nazarenas
toquen el cuerpo de la casta víctima;
á la ilustre doncella sarracena
mi mano sola de tocar es digna.

PED. Sálvala, Ab-del; oírla necesito.

AB. La oireis, sí señor; quiero que viva;
ella hará la defensa de su honra,
y así, radiante, brillará la mia.

PED. Prepara, Tello, sepultura honrosa
á la mujer que amé mas que á mi vida.

(D. Tello señala á cuatro escuderos el sillón en que
yace doña María, y se van con el por la puerta de-
recha. Todos los demás de la servidumbre siguen
detrás)

Hablar quiero á Zoraida, Ab-del, comprendes?...
Cuando recobre la palabra, avisa.

(Ab-del se inclina, y D. Pedro se va por la misma
puerta que lo hicieron los anteriores. La estancia
queda con luces)

ESCENA VIII.

AB-DEL, ZORAIDA.

AB. Te avisaré si cede á mis deseos;
si no... que Alá su confesión reciba.

(Se arrodilla detrás de Zoraida y la hace aspirar una
esencia, que la hace volver en sí poco á poco.)

El hombre hirió el puñal muy levemente;
bien pronto sanará.

ZOR. Ay!...
 AB. Vida mia!...
 ZOR. Zoraida!...
 ZOR. Dónde estoy?...
 AB. Alza la frente;
 vuelve á tu tierno padre la alegría,
 que pesaroso en tu dolor se siente,
 y una palabra de tu lábio ansia.
 ZOR. Transido siento el corazón!... Helado!...
 Respiro apenas... y un dolor... Qué es esto!...
 (Se toca el hombro herido, y con un esfuerzo logra le-
 vantarse. Ab-del la sostiene en sus brazos.)
 Herida!... Herida estoy!...
 AB. Pierde cuidado;
 tu leve herida sanará muy presto.
 ZOR. Pero quién contra mí su brazo airado
 ha osado levantar?...
 AB. Nombre funesto
 fué siempre para mí; y hoy, mas que nunca,
 á pronunciarle el lábio se resiste.
 ZOR. Quién fué?... Decid, decid!...
 AB. Doña María.
 ZOR. Imposible, señor!...
 AB. No la creíste
 capaz de tan infame villanía!...
 Pobre inocente!... Mal la conociste!...
 De tu virtud celosa, y tu belleza,
 separarte del Rey fué su deseo,
 y deshonorarte quiso con vileza.
 No pudiendo cubrir con baldon feo,
 por la frustrada fuga, tu pureza,
 clandestino te acusa un himeneo.
 El Rey D. Pedro tu beldad adora
 y á su sòlio real quiere ascenderte,
 siendo tu esclavo él, tú su señora;
 y no pudiendo tu rival perderte,
 ni sierva ser de nuestra raza mora,
 despues de herirte cruel, se dió la muerte.
 ZOR. Ella muerta!... Mi amiga!... Mi esperanza!...
 Vos, vos culpable sois; sí, yo os acuso!...
 Que venga el Rey y esgrima su venganza;
 que su amor y su trono yo rehuso;
 que unida estoy de amor por alianza;
 que mi enlace María no supuso;
 todo esto le diré, y que yo prefiero
 de mi adorado esposo una mirada,
 al rey que dominára el mundo entero.
 AB. Calla, infeliz!... Tú!... Tú, predestinada
 á entregar á tu ley al pueblo ibero,
 á un nazareno vil verte postrada!...
 Tú, pudiendo ensalzar el poderío
 de tu raza y tu Dios, siendo señora
 de Castilla y su Rey!...
 ZOR. El pecho mio
 al mismo Dios adorará que adora
 el que es dueño y señor de mi albedrío.
 Cristiana soy; sabedlo desde ahora.
 (Ab-del, asiéndola del brazo furiosamente.)
 AB. Tú, maldita mujer!... No, no; insensato!...
 Lo que digo no sé... Pobre criatura!
 Perdona de mi celo el arrebató!...
 Ven conmigo, Zoraida, y pronta cura
 aplicará á tu herida mi conato;
 que ciega tu razon la calentura.
 (Se la lleva por la puerta izquierda. Muzaron salta
 por la ventana de la galeria del foro; reconoce cui-
 dadosamente la escena y vuelve á dar aviso á su
 amo, que entra por el mismo sitio despues.)

ESCENA IX.

MUZARON, y á poco AGENOR.

MUZ. Subid, señor.
 AGE. A nadie has divisado?
 MUZ. Nadie se vé; pero cercano ruido
 por ese corredor he advertido;
 (Señalando á la puerta derecha.)
 debemos caminar con gran cuidado.
 AGE. Inútil precaucion; jugado habemos
 llegando aquí, cuanto arriesgar po lemos.
 MUZ. Matando fué la entrada; á la salida,
 si el cielo no protege nuestra suerte,
 tambien, señor, asistirá la muerte.
 AGE. Tiemblas ahora?...
 MUZ. Ni ahora, ni en mi vida
 he sabido temblar; y si otro osára
 hacerme esa pregunta, le matara.
 Vos sois testigo de mi serenidad y mi entereza.
 Tembló mi mano en el vecino muro?...
 No fué mi dardo al musulman, seguro,
 que velaba el jardín con sutileza?...
 AGE. Con gusto, Muzaron, temblar te viera,
 yo, que siento el temor por vez primera.
 Aquí Zoraida está, bajo este techo,
 el áura respirando que respiro;
 el alma la sintió y en un suspiro
 volando fué á sus piés desde mi pecho.
 Sin alma estoy, y el pánico me aterra;
 yo, que el laurel de cien batallas ciño,
 temblando voy como inocente niño
 tras aquel corazón que mi alma encierra!...
 Zoraida, dónde estas!...
 (Voz de Zoraida dentro, y ruido de pasos por la puerta
 opuesta. Un momento de pausa, en que los dos fijan
 su atencion por opuestos lados.)
 ZOR. Ay!...
 AGE. Has oído?...
 MUZ. Pasos siento, señor, por este lado!...
 AGE. Es ella, Muzaron!... No me he engañado.
 Por aquí...
 (Quiere entrar en el aposento de Zoraida. Muzaron se
 interpone y le arrastra en pos de sí hasta ocultarse
 en el fondo de la galeria.)
 MUZ. No, por piedad, ó todo se ha perdido.
 (Al mismo tiempo que sale D. Pedro por la puerta de-
 recha, se presenta por la izquierda Zoraida huyendo
 de Ab-del, que la sigue con un puñal en la mano.
 D. Pedro se interpone entre ambos; Zoraida se arro-
 dilla á sus piés. Ab-del guarda el puñal y queda
 confundido en presencia del Rey.)

ESCENA X.

ZORAIDA, D. PEDRO, AB-DEL-MOTRÍ.

PED. Qué es esto, Ab-dell!... Por qué, Zoraida bella,
 te presentas tan tímida á mis ojos,
 y marcas en la alfombra humilde huella,
 si órdenes para mí son tus antojos?...
 Reina del Rey, que en tu belleza adora,
 levanta ya del suelo la rodilla;
 que no humillarse debe la señora
 que ansioso espera el trono de Castilla.
 ZOR. No, D. Pedro, jamás! Es imposible...
 No aumenteis de mi padre la violencia;
 que á vuestro amor me manda ser sensible,
 y amenaza cruel mi resistencia,
 Ese amor, ese trono, esa grandeza
 que ofreceis generoso á mi albedrío,
 rehusar me aconseja la nobleza

que guarda con orgullo el pecho mio.
Vos, caballero sois; de vos reclama
proteccion esta débil criatura,
que ya no os puede amar, porque otra llama
arde de amor aquí, constante y pura.
Ligada al hombre que idolatra el alma
por lazos que el amor ha consagrado,
de mártir me podreis ceñir la palma
sin que haya su memoria profanado.

PED. Tranquiliza, Zoraida, tus temores;
que no cruel me verás, si justifico,
castigo dando á infieles servidores
y amparándote á tí cual caballero. (Pausa.)

Ya oiste, Ab-del, que sin forzar su lábio,
esa declaracion que hizo María,
Zoraida repitió... No por agravio,
por celos ni rencor ella mentía.

Ni el veneno guardado en su sortija
pudo precipitar en sus entrañas,
ni atentar á la vida de tu hija!...

ZOR. Ella!... No, no!...

PED. Ya lo oyes... Tú me engañas!...

AB. (Perdido soy!)

PED. Zoraida, retirada
descansa en tu aposento y vé tranquila,
que ya del gavilan la furia airada
la paloma calmó; su bien vigila.

(D. Pedro acompaña á Zoraida á su aposento. Ab-del
les observa abstraído en sus pensamientos, hasta que
llama su atencion Hisem, que sale por la puerta de-
recha.)

ESCENA XI.

AB-DEL, HISEM.

HIS. Señor, el bravo Hafiz, ese soldado
que en la paz y en la guerra os ha servido,
traidoramente ha sido asesinado!...

AB. Hafiz!... Mientes, Hisem!...

HIS. No os he mentido.

AB. Venganza, Hisem!... Venganza aterradora!...

Triunfemos de una vez de esos cristianos,
que con ingratitud vil y traidora
pagan nuestros auxilios mahometanos.
Nuestras guardias reune, y de improviso
siembren la muerte en la cristiana gente;
y perdamos las vidas, si es preciso,
primero que humillar la altiva frente.

(Hisem se va con precipitacion.)

Echada está la suerte; no me arredro;
si propicia me asiste la fortuna,
hoy á la tumba bajará D. Pedro,
y en Castilla alzaré la media luna.

(Sale D. Pedro, da algunos pasos hácia Ab-del y se
queda contemplándole breves momentos.)

ESCENA XII.

AB-DEL, D. PEDRO.

PED. Cuenta vengo á pedir á mi privado
de la fidelidad con que servia
á su Rey y Señor; razon espero
que su traicion disculpe y su perfidia.
Quiero al momento conocer el nombre
del asesino vil de la Padilla;
quiero rasgar el velo que le encubre,
y quiero hacer patente mi justicia.

(Ab-del se inclina dando muestras de ignorar lo que le
pregunta.)

Perro traidor!... Con el servil silencio
ante tu airado juez te justificas!...

AB. Y qué quereis qua en mi favor alegue
que de vuestro rencor calme la ira?..

Ignorante me hallaba de ese lazo

que reveló con candidez sencilla

la inocente Zoraida, é ignorante

de la fatal pasion que su alma abriga.

De la muerte, señor, de vuestra dama,

el arcano mi mente no adivina,

y mi lábio leal, solo responde

si la conciencia y conviccion le guia.

PED. Hipócrita malvado! No conoces

que tú falácia mas y mas me irrita?...

Pretendes engañarme nuevamente

cubriendo tu maldad con la falsía?...

No lo conseguirás: tu hora ha llegado;

la sangre que vertistes, homicida,

tu sangre está pidiendo, que á mi oido

un eco funeral, venganza, grita.

AB. Cuándo, señor, mi mano se ha manchado

sin orden vuestra?.. Señalad la víctima!

De D. Fadrique y doña Blanca, fuisteis

verdugo solo vos; yo la cuchilla.

PED. Ah!... Perro descreido, osas aleve,

para castigo á la memoria mia,

traer esos espectros inmolados

á tus consejos en fatales días!

Calla, lengua infernal! Oh! Quién hallára

tormentos que calmasen mi avaricia

para hacerte penar, y recrearme

prolongando con ellos tu agonía!

AB. Si vos no los hallais, yo, afortunado

mas que vos, los hallé; Rey de Castilla;

y gozo en la amargura que os devora,

primero que quitaros trono y vida.

(Desenvaina su daga y amenaza al Rey.)

Prepárate á morir!...

PED. Traidor cobarde!...

(Zoraida sale con precipitacion de su estancia y se in-
terpone entre los dos. Ab-del la rechaza violenta-
mente.)

ESCENA XIII.

AB-DEL, D. PEDRO, ZORAIDA.

ZOR. Señor!... Señor!... Qué haceis!...

AB. Aparta, quita;

la hora llegó del triunfo y la venganza;

Alá con su poder mi brazo asista.

Orgullosa leon, del tigre airado,

qué mano ya te arrancará?...

(Va á herirle; D. Pedro se retira hácia el foro y sale
Muzaron, que se interpone entre los dos, hiriendo á
Ab del con la daga que trae en la mano. Despues se
presenta Agenor con su espada desnuda.)

ESCENA XIV.

Los de la anterior, MUZARON y AGENOR.

MUZ. La mia!...

AB. Ah!... Muerto soy!...

PED. (Corriendo á la puerta derecha.)

Mis guardias, acudid!...

AGE D. Pedro, no temais!...

(Zoraida le reconoce y se precipita en sus brazos.)

ZOR. Ah!... Muerto soy!...

AGE. Zoraida mia!...

(Ab-del, herido y desesperado, llega trabajosamente
al sillón y se deja caer en él.)

AB. Maldición!... Maldición!... Ella en sus brazos,
y el mio sin vigor!... Hora maldita!...

PED. Con qué intencion entrásteis, extranjeros, furtivamente en mi castillo?..

AGE. Oidla.

Amigo fui del noble D. Fadrique, y á su servicio hallábame en Coimbra, cuándo el pérfido Ab-del, por orden vuestra, á invitarle llegó, y partió á Sevilla. Ya sabeis lo demás!... Allí á Zoraida ví por primera vez, y el alma herida se sintió de su amor, amor constante que nunca olvidaré; juró ser mia; Dios escuchó su santo juramento, pero de ella el destino á huir me obliga. Devolverla á mi amor me prometieron, y al cumplirse la tregua prometida sin que á Zoraida viera, á Búrgos corro, recibo allí de su mansion noticia; en alas del amor y de los celos llevo al castillo, y con la ayuda amiga de mi escudero fiel, asalto el muro que dá al jardin; y en esa galería, oculto breve rato, he descubierto de ese moro traidor la alevosía.

(Voces dentro de muera D. Pedro, viva Ab-del-Motri, y otras en contrario sentido. Ruido de armas que se aumenta progresivamente.)

Oid, oid, señor; por sus secuaces vuestras guardias han sido sorprendidas.

PED. Generoso francés, tuya es Zoraida, y mi fiel amistad.

AB. Rey de Castilla, con qué derecho, contra mi mandato, le concedéis la mano de mi hija? .. Es vuestra esclava acaso? ..

PED. Tú, su padre?..

Vil impostor, la rama esclarecida del bravo Mahomet, rey de Granada, prethedes envolver en tu mancilla!...

AGE. No es tu padre, Zoraida!...

ZOR. No es mi padre!...

AB. Oh! Castigo cruel de mi avaricia!...

(Crecen las voces.)

Lidiad, soldados!.. Alcanzad el triunfo y vengad el dolor de mi agonía! ..

PED. No triunfarán, que á esterminarlos corro!

AGE. Tomad, señor, mi espada; y si mi vida en la contienda os fuese necesaria, con mi brazo contad.

PED. Quién cuidaría en tanto de tu esposa, si la suerte no quisiera esta vez serme propicia?... Sé su guarda, Agenor; tu espada admito, que de mi brazo vencedor es digna.

(D. Pedro toma la espada de Agenor y se va por la

puerta derecha. Muzaron desnuda la suya y se queda en el dintel de la misma puerta.)

ESCENA ÚLTIMA.

AB-DEL, ZORAIDA, AGENOR, MUZARON.

AB. Compadece, Zoraida, de tu padre el tormento cruel que martiriza sus últimos instantes!... Si el deseo de encumbrarte en el trono de Castilla ha sido mi ambicion, al despedirme de este mundo falaz, solo se cifra en tu filial amor... Ven, y en mi frente un ósculo de paz tu lábio imprima.

(Zoraida se compadece y da un paso hácia él. Agenor la detiene)

AGE. Hija de Mahomet, rey de Granada, en ese mónstruo á tu verdugo mira.

AB. Cristiano, ten piedad!... Oh!... Si pudieras leer, Zoraida, en mi alma arrepentida, el paternal amor en que rebosa, con tierno y puro amor le pagarias!

ZOR. Señor, morid en paz; no os aborrezco!...

(Ab-del, haciendo un esfuerzo, se arrodilla, sosteniéndose en el sillón donde estaba sentado.)

AB. Gracias, Alá, te doy!.. Ven, hija mía!...

Déjame al espirar tocar tu mano...

Última gracia es, que de rodillas

te suplica tu padre moribundo!...

(Se oyen repetidas voces de viva el Rey! viva D. Pedro! y una marcha triunfal de instrumentos bélicos se va oyendo cada vez mas cercana, sin terminar hasta que cae el telón.)

MUZ. Al fin triunfó D. Pedro!... Viva! viva!...

AB. Hay infierno mayor!... Hay mas tormentos!...

ZOR. No puedo más, señor!...

(Pasa precipitadamente y se arrodilla. Ab-del apoya en su hombro la mano izquierda y saca el puñal con la derecha; pero al tiempo de amenazar á Zoraida, Agenor detiene el golpe, y Ab-del cae desplomado diciendo el último verso.)

AB. Hija maldita!...

ZOR. Agenor!... Agenor!...

AGE. Ven á mis brazos!...

ZOR. Tú eres mi salvador!...

AGE. Tú eres mi vida!

FIN.

MADRID.

IMPRESA DE M. ALVAREZ—ESPADA—6.

1861.

El premio grande, o 2.	3	4	José Maria, o viaa nueva, o. t.	1	7	La Feria de Ronda, o. 1.	2	8
El Pacto sangriento, ó la venganza corsa, t. 6 cuadros.	4	11	Juan de las Viñas, o. 1.	1	6	La Felicidad en la locura, t. 1.	1	5
El Paje de Woodstock, t. 1.	1	5	Juan de Padilla, o. 6 cuadros.	3	11	La Favorita, t. en 4.	3	10
El Peregrino, o. 4.	3	9	Jacoba el aventurero, o. 4.	2	16	La fineza en el querrer, o. 3.	1	3
El Premio de una coqueta, o. 1.	2	4	Julian el carpintero, t. 3.	3	6	Las ferias de Madrid, o. 6 cuadros.	9	14
El Piloto y el Torero, o. 1.	2	4	Juana Grey, t. 3.	2	8	Los Fueros de Cataluña, o. 4.	2	14
El poder de un falso amigo, o. 2.	2	5	Juzgar por apariencias, o. 3.	3	6	La guerra de las mugeres, t. 10 cuad.	6	18
El Perro de centinela, t. 1.	1	2	Jugar con fuego, t. 2.	1	3	La Gaceta de los tribunales, t. en 1.	3	4
El Porvenir de un hijo, t. 2.	3	2	Julio César, o. 5.	2	15	La Hija de Cromwell, t. en 1.	2	5
El padre del novio, t. 2.	2	4	Juan Lorenzo de Acuña, o. 4.	2	9	La Hija de un bandido, t. 1.	1	4
El pronunciamiento de Triana, o. 1.	2	9	Laura de Monroy, ó los dos Maes-			La Hija de mi tio, t. 2.	5	2
El pintor inglés, t. 3.	3	8	tres. o. 3.	2	8	La Hermana del soldado, t. 3.	2	9
El peluquero en el baile, o. 1.	2	5	Luchar contra el destino, t. 3.	2	8	La Hermana del carretero, t. 5.	2	10
El Raptor y la cantante, t. 1.	1	4	Luchar contra el sino, ó la Sortija del Rey, o. 3.	2	5	Las Huérfanas de Amberes, t. 5.	2	10
El Rey de los criados y acertar por carambola, t. 2.	2	5	Llueven sobrinos!! o. 1.	3	3	La Hija del Regente, t. 5.	3	13
El robo de un hijo, t. 2.	2	8	Laura de Castro, o. 4.	1	15	Las Hijas del Cid y los infantes de Carrion, o. 3.	2	9
El rey martir, o. 4.	2	7	Laura, (prólogo, epílogo), o. 5.	4	12	La Hija del prisionero, t. 3.	6	16
El Rey hembra, t. 2.	3	3	Lázaro ó el pastor de Florencia, t. 5.	2	9	La Herencia de un trono, t. 5.	2	11
El Rey de copas, t. 1.	2	3	Latreaumont, t. 5.	2	15	Los Hijos del tio Tronera, o. 1.	3	3
El Robo de Elena, t. en 1.	1	5	La Abadia de Castro, t. 7 cuadros.	9	13	Los hijos de Pedro el grande, t. 5.	3	13
El Secreto de una madre, t. 3 y pról.	3	9	La Abadia de Penmarck, t. 3.	1	8	La honra de mi madre, t. 3.	3	5
El Seductor y el marido, t. 3.	3	4	La Alqueria de Bretaña, t. 5.	7	12	La hija del abogado, t. 2.	2	5
El sastre de Londres, t. 2.	1	5	La Barbera del Escorial, t. 1.	2	3	La hora de centinela, t. 1.	2	8
El tio y el sobrino, t. 1.	3	4	La Batalla de Clavijo, o. 1.	2	3	La herencia de un valiente, t. 2.	1	4
El terremoto de la Martinica, t. 5.	2	12	La batalla de Bailen, zarzuela, o. 2.	2	8	» 4 Las intrigas de una corte, t. 5.	4	7
El Tarabana, t. 3.	4	8	La banda roja, o. 3.	2	5	La Ilusion ministerial, o. 3.	3	9
El tio y el sobrino, o. 1.	2	3	La Berlina del emigrado t. 5.	3	16	La Joven y el zapatero, o. 1.	2	3
El Trapero de Madrid, o. 4.	9	14	Los Consejos de Tomás, o. 3.	2	6	La Juventud del emperador Carlos V., t. 2.	2	5
El Tio Pablo ó la educacion, t. en 2.	2	7	La costumbre es poderosa, t. 1.	2	4	La Jorobada, t. 1.	1	5
El testamento de un soltero, t. 3.	2	3	La cadena, t. 5.	2	8	La Ley del embudo, o. 1.	4	4
El talisman de un marido, t. 1.	2	4	Los celos de una muger, t. 3.	5	5	La limosna y el perdon, o. 1.	6	6
El tio Pedro ó la mala educacion, t. 2.	2	7	La cola del perro de Alcibiades, t. 3.	2	6	La loca, t. 4.	3	4
El toro y el Tigre, o. 1.	3	3	La caverna de Kerougal, t. 4.	1	10	La loca, ó el castillo de las 7 torres, t. 5.	2	11
El Tejedor de Jativa, o. 3.	3	6	La coqueta por amor, t. 3.	3	4	La Muger eléctrica, t. 1.	2	3
El Tejedor, t. 2.	1	7	La corte y la aldea, o. 3.	2	8	La Modista alfez, t. 2.	3	6
El vaso de agua, ó los efectos y las causas, t. 5.	2	5	Los cabezudos ó dos siglos despues, t. 1.	2	7	La Mano de Dios, o. 3.	2	7
El Vivo retrato, t. 3.	1	6	La calumnia, t. 5.	3	6	La Moxa de meson, o. 3.	5	12
El vampiro, t. 1.	2	7	La castellana de Laval, t. 3.	2	9	La madre y el niño siguen bien, t. 1.	2	6
El último dia de Venecia, t. 5.	2	9	La Cruz de Malta, t. 3.	2	8	La marquesa de Seneterre, t. 3.	3	3
El Ultimo de la raza, t. en 1.	2	4	La Cabeza á pájaros, t. 1.	2	5	Los malos consejos, ó en el pecado la penitencia, t. 3.	2	9
El Ultimo amor, o. 3.	2	5	La Cruz de Santiago ó el Magnetismo, t., en 3 a. y un prólogo,	2	8	La muger de un proscrito, t. 5.	3	6
El Usurero, t. 1.	2	4	Los contrastes, t. 1.	2	5	La muger que pierde sus ligas, t. 1.	1	2
El Zapatero de Londres, t. 3.	3	9	La Conciencia sobre todo, t. 3.	2	4	Los Mosqueteros de la Reina, t. 3.	5	8
El zapatero de Jerez, o. 4.	3	3	La cocinera casada, t. 1.	3	4	La Mano derecha y la mano izquierda, t. 4.	3	11
Fausto de Underwal, t. 5.	1	13	Las Camaristas de la Reina, t. 1.	7	6	Los misterios de Paris, primera parte t. 6 cuadros.	6	14
Fuerte-Espada el aventurero, t. 5.	3	7	La Corona de Ferrara, t. 5.	3	7	Idem segunda parte, t. 5 cuadros.	8	16
Fernando el pescador ó Malaga y los franceses, o. 3 actos y 10 cuad.	3	15	Las colegialas de Saint-Cyr, t. 5.	2	7	Los Mosqueteros, t. 6 cuadros.	2	14
Gustavo III ó la conjuracion de Suecia, t. 5.	1	11	La Cantinera, o. 1.	4	6	La Marquesa de Savannes, t. 3.	2	5
Gustavo V Vasa, o. 5.	2	16	La Cruz de la torre blanca, o. 3.	1	5	La Noche de S. Bartolomé de 1572, t. 5.	2	11
Gaspar Hauser ó el idiota, t. 4.	4	9	La Conquista de Murcia, por don Jaime de Aragon, o. 3.	2	11	La Opera y el sermón, t. en 2.	3	6
Guardapié III: ó sea Luis XV en casa de Mma. Dubarry, t. 1.	3	5	La Calderona, o. 5.	3	8	La Pomada prodigiosa, t. 1.	2	2
Guillermo de Nassau, ó el siglo XVI en Flandes, o. 5.	3	7	La Condesa de Senecey, t. 3.	3	4	Los Pecados capitales, magia, o. 4.	9	9
Geroma la castañera, zarzuela.	1	3	La Caza del Rey, t. 1.	2	6	Los percances de un carlista, o. 1.	3	9
Hasta los muertos conspiran, o. 3.	2	11	La Capilla de S. Magin, o. 4.	3	4	Los penitentes blancos, t. 2.	5	3
Honores rompen palabras, ó la accion de Villalar, o. 4.	2	8	La Cadena del crimen, t. 5.	3	9	La paga de Navidad, zarz. o. 1.	5	13
Herminia, ó volver á tiempo, t. 5.	3	5	La Campanilla del diablo, t. 4 y prólogo. Magia.	5	13	La Penitencia en el pecado, t. en 3.	3	6
Halifax, ó picaro y honrado, t. en 3. y un prólogo.	2	9	Los velos, t. en 3.	3	5	La Posada de la Madona, t. en 4 y prólogo.	4	9
Hombre tiple y muger tenor, o. 4.	5	5	Las cartas del conde-duque, t. en 2.	1	7	Lo primero es lo primero, t. 3.	2	5
Honor y amor, o. 5.	4	9	La Cuenta del Zapatero, t. en 1.	2	6	La Pupila y la péndola, t. 1.	2	6
Inventor, bravo y barbero, t. 1.	2	4	La doble caza, t. 1.	2	6	La protegida sin saberlo, t. 2.	1	6
Ilusiones, o. 1.	1	4	Los dos Fóscares, o. 5.	1	11	Los Pastores de Maria Michon, t. 2.	1	7
Isabel, ó dos dias de experiencia, t. 3.	4	4	La dicha por un anillo y mágico rey de Lidia, o. 3. Magia.	4	9	Los Prusianos en la Lorena, ó la honra de una madre, t. 5.	2	7
Jorge el armador, t. 4.	3	11	Los desposorios de Inés, o. 3.	3	3	La Posada de Currillo, o. 1.	2	3
Jui que jembra, o. 1.	3	6	Los dos cerrajeros, t. 3.	2	22	La Perla sevillana, o. 1.	3	3
			Las dos hermanas, t. 2.	3	5	La Primer escapatoria, t. 2.	2	4
			Los dos ladrones, t. 1.	1	3	La Prueba de amor fraternal, t. 2.	3	5
			Los Dos rivales, o. 3.	2	9	La Pena del talion ó venganza de un marido, o. 5.	3	5
			Las desgracias de la dicha, t. 2.	1	3	La Quinta de Verneuil, t. 5.	4	10
			Las dos emperatrices, t. 3.	3	3	La quinta en venta, o. 3.	1	5
			Los dos ángeles guardianes, t. 1.	1	3	Lo que se tiene y lo que se pierde, t. 1.	3	4
			Los Dos maridos, t. 1.	3	3			
			La Dama en el guarda-ropa, o. 1.	2	4			

La Reina Sibila, o. 3.	2	6	Perder ganando ó la batalla de da-	Una noche en Venecia, o. 4.	2	12
La Reina Margarita, t. en 6 actos.	7	17	mas, t. 3.	Un viage á América, t. 3.	2	8
La Ruéda del coquetismo, o. 3.	2	4	Por tener un mismo nombre, o. 1.	Un hijo en busca de padre, t. 2.	3	5
La Roca encantada, o. 4.	2	6	Por tenerle compasion, t. 1.	Una estocada, t. 2.	2	6
Los Reyes magros, o. 1.	5	8	Por quinientos florines, t. 1.	Un matrimonio al vapor, o. 1.	2	4
La Rama de encina, t. 3.	2	10	Papeles, cartas y enredos, t. 2.	Un soldado de Napoleon, t. en 2.	3	4
La saboyana ó la gracia de Dios, t. 4.	4	8	Por ocultar un delito, aparecer cri-	Un casamiento provisional, t. en 1.	3	4
La selva del diablo, t. 4.	1	13	minal, o. 2.	Una audiencia secreta, t. en 3.	2	9
La Serenata, t. 1.	3	5	Percances matrimoniales, o. 3.	Un quinto y un párbulo, t. en 1.	2	3
La Sesentona y la colegiala, o. 1.	3	4	Por casarse! t. 1.	Un mal padre, t. en 3.	4	4
La Sombra de un amante, t. 1.	2	3	Pero Grullo, zarzuela o. 2.	Un rival, t. en 1.	1	4
Los Soldados del rey de Roma, t. 2.	2	7	Por camino de hierro! o. 1.	Un marido por el amor de Dios, t. 1.	2	3
Los Templarios, ó la encomienda de	1	14	Por amar perder un trono, o. 3.	Un amante aborrecido, t. en 2.	2	5
Aviñon, t. 3.	1	14		Una intriga de modistas, t. 1.	8	
La Taza rota, t. 1.	2	3	Quién será su padre? t. en 2.	Una mala noche pronto se pasa, t. 1	2	1
La Tercera dama duende, t. en 3.	2	11	¿Quién reirá el último? t. 1.	Un imposible de amor, o. 3.	3	8
La Toca azul, t. en 1.	3	7	Querer como no es costumbre, o. 4.	Una noche de enredos, o. 1.	2	3
La tia y la sobrina, o. 1.	3	4	Quien piensa mal, mal acierta, o. 3.	Un marido duplicado, o. 1.	3	4
Los Trabucadores, o. 5.	6	13	Quien á hierro mata... t. o. 1.	Una causa criminal, t. 3.	6	6
La vida por partida doble, t. 1.	5	3		Una reina y su favorito, t. 5.	3	16
La Viuda de 15 años, t. 1.	3	2	Reinar contra su gusto, t. 3.	Un rapto, t. 3.	1	11
La Victima de una vision, t. 1.	4	5	Rabia de amor!! t. 1.	Una encomienda!, o. 2.	2	5
La viva y la difunta, t. 1.	1	3	Roberto Hobart, ó el verdugo del rey,	Una romantica, o. 1.	3	3
			o. 3 actos y prólogo.	Un Angel en las boardillas, t. 1.	1	3
Mariana, t. 5 a. y prólogo.	3	9	Ruel, defensor de los derechos del	Un enlace desigual, o. 3.	4	5
Mauricio, ó la favorita, t. 2.	2	5	pueblo, t. 5.	Una dicha merecida, o. 1.	1	4
Mas vale tarde que nunca, t. 1.	2	4	Ricardo el negociante, t. en 3.	Una crisis ministerial, t. 1.	2	13
Muerto civilmente, t. 1.	2	3	Recuerdos del 2 de mayo, ó el ciego	Una noche de Mascaras, o. 3.	4	7
Memorias de dos jóvenes casadas, t. 1	1	3	de Ceclavin, o. 1.	Un insulto personal, ó los dos cobar-	2	4
Mi vida por su dicha, t. 3.	3	5	Rita la española, t. 4.	des, o. 1.	2	4
Maria Juana, ó las consecuencias de	5	8	Ruy Lope-Dábalos, o. 3.	Un desengaño á mi edad, o. 1.	2	4
un vicio t. 5.	5	8	Ricardo y Carolina, o. 5.	Un poeta, t. 1.	2	5
Martin y Bamboche, ó los amigos de	4	12		Un hombre de bien, t. 2.	6	6
la infancia. t. 9 cuadros.	4	12	Si acabarán los enredos? o. 2.	Una deuda sagrada, t. 1.	1	4
Mateo el veterano, o. 2.	2	7	Sin empleo y sin muger, o. 1.	Una preocupacion, o. 4.	3	6
Marco Tempesta, t. en 3.	2	5	Santi boniti barati, o. 1.	Un embuste y una boda, zarz. o. 2.	3	5
Maria de Inglaterra, t. 3.	2	11	Ser amada por si misma, t. 1.	Un tio en las Californias, t. 1.	2	5
Margarita de York, t. 3.	3	11	Sitiar y vencer, ó un dia en el Es-	Una tarde en Ocaña ó el reservado	2	6
Maria Remont, t. 3.	4	7	torial, o. 1.	por fuerza, t. 3.	2	6
Mauricio ó el médico y la huérfana,	3	4	Sobresaltos y congojas, o. 5.	Un cambio de parentesco, o. 1.	3	2
t. 2.	3	4	Seis cabezas en un sombrero, t. 1.	Yo por vos y vos por otro! o. 3.	4	5
Muli, ó la insurreccion, o. 5.	4	10		Ya no me caso, o. 1.	1	5
Monge seglar, o. 5.	3	7	Tom-Pus, ó el marido confiado, t. 1.			
Miguel Angel, t. 3.	2	11	Tanto por tanto, ó la capa roja, o. 1.			
Megani, t. 2.	2	6	Trapisondas por bondad, t. en 1.			
Maria Calderon, o. 4.	2	8	Todos son raptos, zarzuela o. 1.			
Mariana la vivandera, t. 5.	3	9				
Historios de bastidores, 2.ª pte. zar. 1	3	15	Vencer su eterna desdicha ó un caso			
			de conciencia, t. 3.			
Ni ella es ella, ni él es él, ó el capi-	4	4	Valentina Valentona, o. 4.			
tan Mendoza, t. 2.	4	4	Vicente de Paul, ó los huérfanos del			
No ha de tocarse á la reina, t. 3.	2	3	pueblo de Ntra. Sra. t. 5 a. 1.ª pról.			
Nuestra Señora de los Avismos, ó el	3	7				
castillo de Villemeux, t. 5.	3	7	Un buen marido! t. 1.			
Nunca el crimen queda oculto á la	4	8	Un cuarto con dos camas, t. 1.			
Justicia de Dios, t. 6 cuadros.	4	8	Un Juan Lanas, t. 1.			
Noche y dia de aventuras, ó los ga-	4	11	Una cabeza de ministro, t. 1.			
lanes duendes, o. 3.	4	11	Una noche á la intemperie, t. 1.			
No hay miel sin hiel, o. 3.	3	5	Un bravo como hay muchos, t. 1.			
No mas comedias, o. 3.	3	5	Un diablillo con saldas, t. 1.			
No es oro cuanto reluce, o. 3.	3	7	Un pariente millonario, t. 2.			
No hay mal que por bien no venga, o. 1	3	4	Un avaro, t. 2.			
Ni por esas! o. 3.	3	4	Un casamiento con la mano izqda. t. 2			
Ni tanto ni tan poco, t. 3.	4	4	Un padre para mi amigo, t. 2.			
			Una broma pesada, t. 2.			
Ojo y nariz! o. 1.	1	3	Un mosquetero de Luis XIII, t. 2.			
Olimpia, ó las pasiones, o. 3.	1	3	Un dia de libertad, t. 3.			
Otra noche toledana, ó un caballero	2	8	Uno de tantos bribones, t. 3.			
y una señora, t. 1.	1	1	Una cura por homeopatía, t. 3.			
			Un casamiento á son de caja, ó las			
Percances de la vida, t. 1.	2	4	dos vivanderas, t. 3.			
Perder y ganar un trono, t. 4.	2	3	Un error de ortografía, o. 1.			
Paraguas y sombrillas, o. 1.	3	12	Una conspiracion, o. 1.			
Perder el tiempo, o. 1.	2	4	Un casamiento por poder, o. 1.			
Perder fortuna y privanza, o. 3.	2	5	Una actriz improvisada, o. 1.			
Pobreza no es vileza, o. 4.	3	11	Un tio como otro cualquiera, o. 1.			
Pedro el negro, ó los bandidos de la	2	10	Un motin contra Esquilache, o. 3.			
Lorena, t. en 5.	2	10	Un corazon maternal, t. 3.			
Por no escribirle las señas, t. en 1.	3	3				

ADVERTENCIAS.

La primera casilla manifiesta las Mujeres que cada comedia tiene, y la segunda los Hombres.

Las letras O y T que acompañan á cada titulo, significan si es original ó traducida.

En la presente lista están incluidas las comedias que pertenecieron á D. Ignacio Boix y D. Joaquin Merás, que en los repertorios Nueva Galería y Museo Dramático se publicaron, cuya propiedad adquirió el señor Lalama.

Se venden en Madrid, en las librerías de PEREZ, calle de las Carretas; CUESTA calle Mayor.

En Provincias, en casa de sus Corresponsales.

PRECIOS EN MADRID.

Las de la Biblioteca: En un acto, á 3 rs.

En 2, 3 ó mas actos, 4 rs.

En Provincias abonarán UN REAL MAS por razon de portes.

Las que pertenecen al Museo dramático: En un acto, á 3 rs. En dos actos, á 4 rs. En tres ó mas actos, á 6 rs.

Las de la Galería de Boix: En un acto, á 3 y 4 rs. En dos actos, á 5 y 6 rs. En tres ó mas actos, á 6 y 8 rs.

MADRID: 1851.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA, Calle del Duque de Alba, n. 13.

Véase el Suplemento.